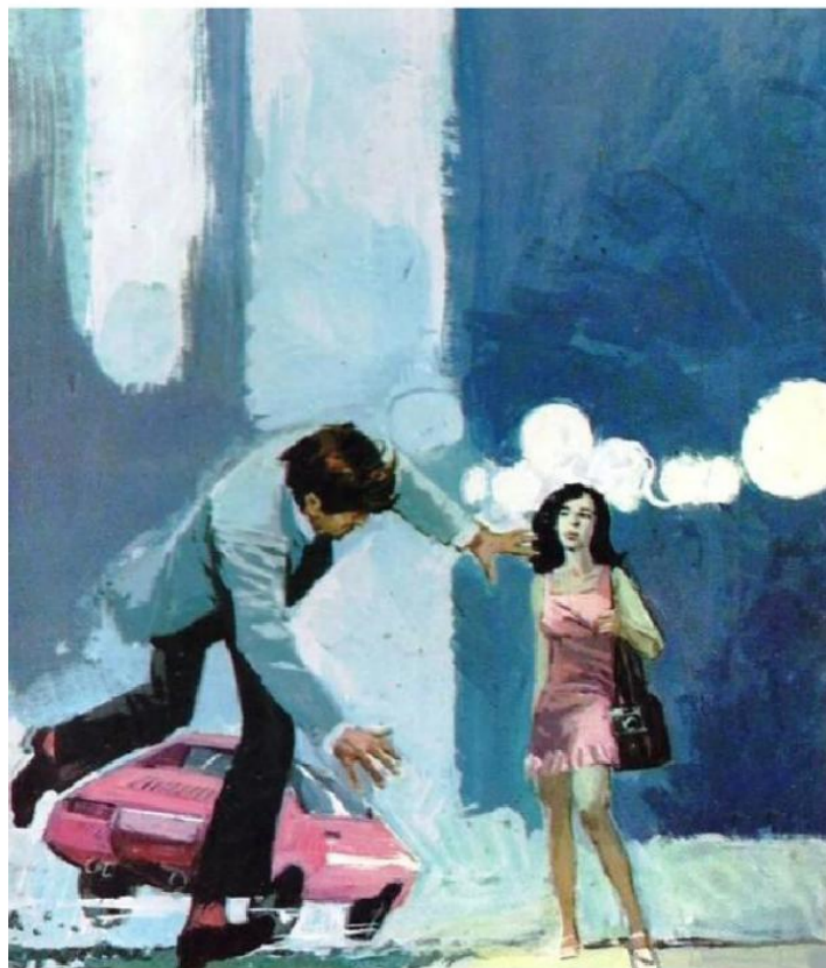




¿crimen o secuestro?

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

JOE MOGAR

¿CRIMEN O SECUESTRO?

Colección PUNTO ROJO n.º 613
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 44.494 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1974

© Joe Mogar - 1974

texto

© Desilo - 1974

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013 — Llamada a un pistolero.
- En Colección BUFALO:
395 — Alias, Pistol Kendall.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.222 — La muerte acecha en París.
- En Colección CALIFORNIA:
878 — El jinete del Gran Cañón.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
912 — Sharon del rancho Barrera.
- En Colección COLORADO:
814 — Tres revólveres y una mujer.
- En Colección KANSAS:
799 — Carta a un pistolero.
- En Colección BRAVO OESTE:
583 — Una forastera peligrosa.
- En Colección PUNTO ROJO:
601 — Muerte para un cacique.
- En Colección ASES DEL OESTE:
672 — Una silla de montar.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Sorprendido? La pregunta entrañaba una gran verdad, una verdad inmutable, porque era cierto. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía? Ni yo mismo lo sabía con seguridad, pero creía que muchos meses, tal vez siete u ocho. Tanto, tan sorprendido, que ni siquiera acerté a abandonar el desvencijado sillón en que me sentaba en mí no menos destartalada oficina de la calle Sansón, esquina a Pine, y mucho menos el ajustarme el nudo de la corbata. Respondí, pues, dándole la razón: —Sí, así es. ¿No te sientas? Me sonrió, lo hizo, en otro de los sillones, casi frente a mí, y la miré de pies a cabeza, tal vez, quizá, como no lo había hecho hasta entonces, hasta aquel preciso instante. Me fascinaba su pelo rubio, me fascinaban sus ojos grandes, negros, muy negros... y me fascinaba toda ella. Una blusa, sencilla, sin mangas, y la minifalda, mostrando los muslos desnudos, de elegante pierna, rematada en unos pies pequeños, calzados con zapatos de más de ocho pulgadas de tacón.

Continuaba observándome, regocijada, quizá adivinando mis pensamientos, y supe de la necesidad que había de decir algo, de cortar aquel silencio, fuera como fuese, pero no sabía qué.

Tal vez adivinando, ella salió en mi ayuda.

—¿Tan sorprendido estás que no puedes pronunciar palabra, Alf?

Sonreía a mi vez.

—Sí, aunque sea repetirlo de nuevo —hice una ligera pausa y pregunté—: ¿Algún problema?

Se echó a reír.

—¡Oh, no! —dijo—. Sencillamente vine a la ciudad y... de pronto, sin saber cómo, me encontré en Pine y me acordé de ti. Hacía... hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Tal vez no era conveniente.

Solté aquello como pude decir otra cosa, y me arrepentí en el

acto, pero su semblante no se alteró, no acusó el impacto que indudablemente le produjeron mis palabras... que le recordaban a su marido, muerto en un accidente, año y medio atrás.

Desde entonces, que yo recordara, sólo nos habíamos visto en muy contadas ocasiones.

Preguntándome si estaba diciéndome o no la verdad, inquirí:

—No habrás venido a que te invite, por ejemplo, a comer conmigo, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí, tonto! Verás, al llegar a Pine me dije: «¿Por qué no tratas de conquistar a cualquier imbécil ahora que estás en Filadelfia para que por lo menos te invite a comer?». Sí, eso fue lo que pensé.

—Y recurriste a mí, ¿no?

—¡Pues claro que sí, querido! ¿Nos vamos?

Se había puesto en pie, y consulté mi reloj.

Era la hora exacta para hacer exactamente lo que ella había dicho.

Estaba sin trabajo, no sabía lo que hacer, los tiempos andaban mal, pero unos cuantos dólares más o menos, tampoco iban a hacer mucha mella en mí, por lo que a mi vez me puse en pie abandonando el sillón, arreglé mi nudo de la corbata, me acerqué al perchero, tomé la americana, me la puse, el sombrero que me encasqueté, y me volví a mirarla.

Estaba de nuevo regocijada, de nuevo sonriendo, tal vez, quizá, burlándose de mí, y cómo antes, fue ella la que rompió el silencio.

—Le dije a tu secretaria que no me anunciara, Alf. Por eso entré... sin avisar, deseando sorprenderte en tu propia... en tu propia...

Di un paso, puse la mano sobre su espalda y la empujé hacia fuera. De pasada lancé una fugaz mirada a la puerta abierta y de acceso al despacho de Della; se estaba retocando los labios.

Fascinaba también.

Era el polo opuesto a la mujer que llevaba a mi lado. Morena, de pelo tan negro que la luz arrancaba reflejos azules, y de grandes ojos también azules.

Fascinaba tanto o más que Stella Perkins; *mistress* Stella Perkins, veintiséis años y viuda desde hacía casi dos.

Salimos sin pronunciar palabra y sin despedirme de Della. No

hacía falta aquello, no hacía falta nada. Para mí solo contaba la mujer que llevaba a mi lado, cogida ahora a mi brazo, en silencio, pensativa, respirando suavemente, con los ojos fijos al frente, ojos que habían sido y eran una obsesión para mí.

Una comida, tal vez la tarde junto a ella, quizá la cena... y luego... ¿qué más?

Nada más.

Era un punto, sólo un punto, pero un punto final.

—¿En qué piensas?

Estábamos llegando al ascensor y cuando estuve a punto de sobresaltarme ante su pregunta, inesperada por completo.

—En ti.

Se echó a reír.

—Eres un payaso, querido —dijo—. ¿Dónde vas a llevarme?

—Tú mandas.

—Muy galante —se burló.

Ya no hablamos más hasta que nos encontramos en el interior del coche, del coche de ella, por supuesto, conmigo frente al volante.

—Sé de un pequeño restaurante, tranquilo, silencioso, solitario, allá por el número 890 de la Twelfth Street.

—¿Vas a tratar de seducirme?

La miré antes de arrancar.

—¿Y por qué no?

—Sí, es lo que he supuesto que ibas a contestar.

—¿Y...?

—Tengo que pensarlo, Alf.

—¿Requiere mucho tiempo?

—Es... es algo que no sé... No... no es un amante lo que deseo, Alf. Es un... un padre para, para Nelly.

—Sin embargo te adoro.

—Lo sé, querido.

—¿Y...? —repetí.

—Tengo que pensarlo. Te lo he dicho ya, ¿no?

—No tardes, muchacha —dije.

La expresión de sus ojos era de completo regocijo cuando respondió:

—Por supuesto que no, ¿nos vamos?

No respondí y puse el «Mercedes» en marcha.

Hicimos el recorrido en silencio, y volví a tomarla del brazo cuando descendimos frente a la puerta del restaurante, hasta la mesa que escogí, en un apartado rincón.

Tomó asiento en la silla que le ofrecía, lo hice a mi vez, en silencio, y luego nos miramos a los ojos, fijo, muy fijo, extrañamente fijo, hasta que de un modo repentino Stella se fue inclinando hacia mí, y nuestros labios se unieron.

Fue algo fugaz, suave, como un soplo, pero de honda huella, inolvidable. Al separarnos no dijo nada, tampoco me miró, los desvió hacia una de las meseras que en aquel momento se nos acercaba y como si quisiera olvidar aquel movimiento instintivo suyo, aquel beso que a la fin y a la postre a nada conducía entre los dos, se puso a encargar la comida.

Al terminar, de un modo fijo, obsesivo, los clavó en el tablero de la mesa, dando la impresión de que en vez de estar a mi lado se encontraba a mil millas de distancia.

Entonces pregunté:

—¿Por qué no lo sueltas ya, Stella?

Y me vi de pronto, de modo imprevisto, súbito, frente al brillo de sus ojos.

—¿Qué es lo que debo soltar según tú, querido?

—Estás preocupada por algo, ¿no? —dije.

—¿Y tú eres un investigador privado inteligente? —se burló.

—No sé lo que soy, ni para ti ni para mí mismo —repuso seriamente—, pero me diste esa impresión. No ahora, sino desde el momento en que entraste en mi despacho. ¿Qué es?

Dudó, vaciló, tal vez, quizá unos segundos, unos minutos, ahora sin dejar de mirarme, de observarme atentamente, y respondió:

—Es Nelly.

—¿Qué le pasa a tu pequeña?

—Yo... yo... Bueno, estaba embarazada cuando... cuando... cuando Phil se mató, ¿recuerdas? Ella, la pequeña, no conoció a su padre... y... —Hizo una ligera pausa que no interrumpió, y continuó al cabo de unos instantes de silencio—: Es mejor que no te lo diga porque podrías creer que... que... Nada más, Alf.

—¿Qué es lo que es mejor no decirme?

—Escucha, pesquisa, cuando veas a la pequeña, se lo preguntas.

—Te lo estoy preguntando a ti, a su madre.

—No te lo voy a decir —repuso obstinada, con los ojos brillantes, más brillantes que nunca, obsesivos una vez más, pero sin regocijo alguno.

—¿Por qué no? —insiste.

—Porque tú me amas, Alf.

Así, de aquel modo, fría, sencillamente, como sin transcendencia alguna, con perfecta calma, y no respondí, no repliqué, tal vez, quizá, porque en aquel momento la mesera se acercaba con todos los útiles necesarios.

Esperé, tal vez horas, ya que el tiempo resultó largo, inconmensurable para mí, hasta que nos dejó solos unos segundos más tarde. Entonces inquirí:

—¿Por qué no repites eso, Stella?

No me miró, con los ojos fijos en el plato, los dedos moviéndose nerviosamente, estrujando, revolviendo, prensando la servilleta, replicó:

—Por favor, Alf, olvídalo. Fue una broma por mi parte. Tal vez de mal gusto, pero broma al fin. Por otra parte... no... no vamos a estropear la comida, ¿verdad? Hace... hace mucho tiempo que nadie me invita a comer.

No respondí a aquello, pero sí dije:

—¿Y después?

—¿Qué quieres decir?

—Después, ¿adónde iremos?

—¡Alf! No... irás a llevarme a tu apartamento, ¿verdad?

—La minifalda tiene posibilidades encantadoras, Stella.

—Pero... pero... ¡Si creí que no te habías dado cuenta! No irás... no irás a pedirme que... que...

Hice un gesto con la mano, en señal de paz, y su suave risa, sin estridencias, estalló en la mesa.

Al terminar insistí:

—¿Dónde quieres que te lleve luego, Stella?

—¿Y tú trabajo?

—Un día, una tarde, contigo, es lo más agradable que le puede suceder a un hombre, muchacha.

—Iremos a bailar, más tarde tomaremos unas copas, bailaremos de nuevo y luego... dejaré que me acompañes a casa, le darás un

beso a Nelly y te largarás con viento fresco.

—Creí que me quedaría contigo.

—Es... lo que quisiera yo también, querido, pero no deseo complicarme la vida... por el momento.

No respondí y continuamos comiendo en silencio, sumidos ahora en un sinfín de pensamientos que quizá, posiblemente, en muchos aspectos corrían parejos con los míos, o los míos con los de ella.

Al terminar, sin pronunciar palabra, siempre callados, la prendí del brazo y salimos a la calle.

A partir de aquel instante hasta el momento en que empuñé el volante de su coche para llevarla a su casa, a las afueras de Filadelfia, el itinerario que seguimos fue el previsto de antemano.

CAPÍTULO II

Detuve el «Mercedes» cinco millas antes de llegar a Camden, en plena carretera, bajo los árboles, junto a la entrada del camino que conducía desde allí hacia la cabaña que Stella habitaba, y me volvía a mirarla.

Ella me estaba observando a su vez.

—Y ahora... —empezó.

—Ahora —respondí—, creo que hice mal en venir hasta aquí.

Abrió mucho los ojos, asombrada, sorprendida por lo que estaba oyendo.

—¿Por qué? —inquirió.

—Por la sencilla razón de que tendré que regresar a pie, querida. Y como desde aquí hay menos camino a Filadelfia que desde tu casa... me apeo del...

Su carcajada, limpia, cristalina, estalló en el interior del «Mercedes», llenándolo de notas musicales.

—Sigues siendo un payaso, Alf —dijo cuando la hilaridad la dejó hacerlo—. Vamos, llévame a casa y luego puedes regresar con el coche. Pasaré a recogerlo tan pronto pueda.

Se inclinó sobre mí.

Estaba sofocada cuando se separó, diciendo en un susurro leve, muy leve, apenas audible:

—Por favor, Alf, llévame... ahora.

No respondí, puse el coche en marcha, y como si quisiera apartar mi pensamiento, uno solo, pero molesto, para ella, añadió con regocijo burlón, que sonó falso, también muy falso, a miles de millas de distancia:

—Te dejaré entrar, le darás un beso a la pequeña Nelly... tomarás una copa, una sola copa, y podrás marcharte.

—Esperaba...

—No vas a quedarte conmigo, pesquisa inteligente. No es que

me importe que pasemos una noche juntos, pero no va a ser así.

—No dije eso.

Asombro, estupor, incredulidad, vi en sus ojos, a través del espejo retrovisor, cuando inquirió:

—¡Ah!, ¿no?

Dando la callada por respuesta continué conduciendo.

La fachada hasta media altura, de mármol blanco, columnas del mismo material en el porche y la puerta de entrada.

Pregunté tan pronto como estacioné el coche frente a todo aquello:

—¿Quién cuida de Nelly cuánto tú no estás, Stella?

—Emily. Una amiga mía. Un crío, pues apenas tiene veinte años. Vamos, pasa.

Abandonó el coche sin ofrecerme los labios ahora, quizá, o tal vez porque en aquel momento, debido a la proximidad de su casa, no lo juzgó prudente.

La seguí en silencio, y no la toqué cuando abrió la puerta, ni cuando encendió las luces del *hall*, y mucho menos cuando me llevó, indicándome el camino con un gesto, al interior del *living-room*.

—Prepara algo para beber, Alf —dijo una vez allí—. Siéntate, y me esperas. No tardaré en volver.

—¿Adónde vas?

Sonrió.

—Arriba —señaló la amplia escalera, también de mármol, que conducía al piso superior, y añadió—: Quiero ver cómo se encuentra Nelly, y de paso me pondré algo más cómodo.

—Esa minifalda...

—Sé que es un cúmulo de posibilidades, querido, pero voy a cambiarla por otra prenda más cómoda.

No respondí, di media vuelta y me encaminé al pequeño bar instalado en uno de los extremos del *living-room*, y empecé a preparar un par de *whiskys*.

Meditaba, pensando, analizando, estrujando todas y cada una de las ideas que tenía en mente... y me daba cuenta, quizá por primera vez, que allí había algo más que una visita a mi oficina, que un expreso deseo de comer, bailar y cenar conmigo, y que una visita, ahora a su cabaña de la carretera de Camden.

Stella Perkins estaba ocultando algo.

«Porque tú me amas».

Me estremecí al recordar sus palabras, al recordar a la pequeña Nelly... al recordarlo todo, absolutamente todo y al recordar, asimismo, el accidente que le costó la vida a su marido... y la amistad que siempre me unió con ellos.

Ahora, Stella, estaba allí, casi junto a mí, al alcance de mi mano, y no sabía qué hacer, qué decidir, qué camino más concreto, más fácil tal vez, más justo, seguir.

Su grito, lacerante, angustioso, que quebró en mil fragmentos distintos haciéndolo trizas, pedazos, el silencio que reinaba en la casa, me hizo soltar el vaso sobre el pequeño y pulido mostrador, y sobresaltado, mirar hacia arriba, hacia la escalera... luego corrí, y recuerdo que subí los escalones de dos en dos hasta alcanzar el pasillo.

La habitación de Nelly; recordaba el camino, sabía qué puerta era, y sin una vacilación corrí hasta allí.

Entré.

Stella se encontraba caída en el suelo, cubierta con una transparente *neglige* de nylon blanco que no ocultaba nada de lo que necesariamente tenía que ocultar y un poco más allá, cerca del lecho de Nelly, otra mujer. Castaña, de pelo largo, cuidado, hasta media espalda, una minifalda y una blusa tanto o más escotada que la que Stella se quitara no hacía muchos minutos. Una mujer, una muchacha, como Stella me dijera, también no hacía mucho, que estaba muerta; con los ojos espantosamente abiertos, y espantosamente fijos en un punto inconcreto del techo, y un negro agujerito en el centro de la frente.

Más allá, siempre más allá, junto a las patas de la cama, brillaba el casquillo de una bala, la vaina de una bala de mediano calibre.

Me acerqué lentamente, me incliné, y toqué el cadáver con la yema de los dedos.

Estaba frío, horriblemente frío, espantosamente frío, por lo que retrocediendo sobre mis pasos me incliné sobre Stella, después de tener la vaga conciencia de que en el dormitorio había una ventana abierta y que Nelly no daba señales de vida, que no se la veía por parte alguna, que las ropas de su cama estaban completamente deshechas, señal evidente de que se había acostado o que la habían

acostado, tal vez no hacía mucho.

Se había desmayado, eso era todo, por lo que la tomé entre mis brazos y lentamente, de escalón en escalón, descendí a la planta baja y la deposité con suavidad, con delicadeza, sobre el sofá.

Un minuto escaso más tarde la hacía tragar parte del licor que me había preparado para mí, y tras toser, estremecerse y contorsionarse un par de veces o tres, abrió los ojos, lanzó un suspiro, y luego, de un salto, se sentó sobre el sofá.

Al segundo siguiente la tuve con las manos engarfiadas en las solapas de la chaqueta, zarandeándome con fuerza, con inusitada violencia.

—¡Alf! ¡Alf...! Nelly... No está Nelly... ¡Mi hija, Alf! ¡Se han llevado a mi hija! ¡Alf! —Ahora fue casi un grito—. ¡Alf! ¡Se la llevaron! Yo... ¡Oh, Alf...!

La sujeté como pude y por fin pude apartarla de mis brazos, obligándola a que se sentara.

Me miró, desorbitados los ojos, angustiados, aterrorizados; los pechos agitados bajo la *neglige*, la respiración silbante por entre los labios, e inquirí.

—Con calma, ¿puedes decirme lo que ocurrió, Stella?

—¡Alf! Yo...

—Si no te tranquilizas, muchacha, me temo que no nos vamos a entender en toda la noche, ¿comprendes?

Y creo... creo que no hay tiempo que perder.

—¿Qué... qué quieres decir?

Su voz era un hilo, un delgado hilo que parecía ir a romperse de un momento a otro, de un segundo en otro segundo.

—Que te expliques. ¿Qué fue lo que sucedió, desde el momento en que entraste en tu dormitorio?

Desvió los ojos de los míos, los clavó en las punteras de sus pies y respondió con voz que era la misma, idéntica, un hilo más fino, quebradizo, pero sin que por ello sus pupilas se vieran preñadas por las lágrimas:

—Yo... Me desvestí me puse la *neglige* y cómo te dije, fui a ver cómo estaba Nelly. Creo... creo que lo primero que vi fue... fue... a Emily... y... y comprendí que estaba muerta. Entonces... entonces corrí... corrí hacia la cama y... y... entonces... entonces creo que... que me desmayé.

—¿Nada más?

—¿Alf?

Me miró una vez más, fría, inmutable, con los ojos muy abiertos, cargados ahora de reproche, y repitió:

—¡Alf! ¿Qué... qué quieres decir? ¿Qué estás tratando de...?

—Sencillamente deseo hacerte unas preguntas, antes de que venga la policía.

Se puso en pie de un salto, con violencia, con los ojos dilatados, casi fuera de sus órbitas, mirándome como si estuviera loca, y por unos instantes creí que iba a sufrir un ataque de nervios, pero no fue así, ya que dominándose rápidamente, y la admiré por ello, se dejó caer en el sofá, cabalgó una pierna sobre la otra y respondió, calmosamente, fríamente, tanto y más fría, lejana, inalcanzable, como lo estuviera en vida de su marido.

—No vas a hacer nada de eso, Alf —dijo.

—¿Qué...?

—No vas a llamar a la policía.

—Hay un cadáver ahí arriba, pequeña. ¿Lo has olvidado?

—No, Alf... pero si les llamas... mi pequeña morirá. ¿Es que no lo comprendes? Ellos, los que se la llevaron, mataron, han matado una vez, y volverán a matar. No vas a llamarles.

—Entonces, Stella, ¿quieres decirme qué es lo que quieres que haga?

De nuevo se levantó, y también de nuevo, una vez más, noté el calor de su cuerpo contra el mío y sus manos de dedos crispados sobre la solapa de mi chaqueta.

—No vas a hacerlo, Alf —su voz era ronca—. No vas a hacerlo... de ningún modo. Yo... tengo unos dólares. Trescientos mil dólares de la póliza de seguros de... de... mi marido que me pagaron cuando murió, cuando se mató, ¿comprendes? Son tuyos, Alf. ¡Tuyos y míos! ¿Es que no lo comprendes? Llévate ese cadáver. ¡Llévatelo ahora y usa mi coche! Esos dólares... son... tuyos... tuyos y míos —repitió. Toma el «Mercedes» y saca... saca a Emily de aquí.

—Si lo hago, más tarde o más temprano investigarán, la echarán de menos y eso... eso se llama complicidad en un asesinato, querida.

Estaba cerca, cada vez más cerca, aplastándose contra mí, con el rostro demudado, pálido, casi cadavérico, y el terror brillando

angustiado en el fondo de sus bellas y magníficas pupilas.

—Sé todo eso, Alf —me zarandeó aunque no con la fuerza, con el nerviosismo del principio, y prosiguió—: Sé todo eso, pero... ellos, los que sean, los que se la llevaron, se pondrán en contacto conmigo... Y... pedirán algo, alguna cosa, quizá... tal vez esos dólares o parte de ellos y... —De pronto abrió mucho los ojos y se apartó de mí, mirándome con sorpresa, con estupor, como si por primera vez, en aquel momento, en aquel instante, comprendiera que sus palabras de ahora significaban un contraste con sus anteriores, y dijo—: ¡Oh, Alf!, si es así... si es así, creo, que esos dólares... esos dólares... nunca, jamás, serán para ninguno de los dos. Habrá que darlos o Nelly... Nelly... no volverá.

La prendí del brazo sin pronunciar palabra y la llevé al sofá donde la obligué a que se sentara. Lo hice a mi vez, y pregunté:

—¿Sospechabas que iba a ocurrir algo de esto, Stella?

—¡Alf!

—Contesta, ¿quieres?

Quise evitarlo, pero no pude, y mi voz sonó fría, tal vez demasiado fría, incluso a mis oídos.

—Yo... yo... ¡Pues claro que no! ¿Cómo diablos... se te ha ocurrido una cosa como ésa, querido?

—Eso no lo sé... pero me diste esa impresión cuando te vi en mi despacho, muchacha.

—¡Pues te equivocaste, Alf! Por esta vez tu olfato de sabueso, de pesquisa inteligente, de fisgón, te falló.

—Sí, tal vez —dije, pero sin convencimiento alguno, sin seguridad, solo, quizá, por oír el sonido de mi propia voz, o tal vez en un vano intento de apartar de mi mente algún que otro molesto pensamiento.

Me puse en pie, di media vuelta y me acerqué al teléfono.

—Alf...

—Vas a llamarlos, ¿verdad?

Levanté el auricular y disqué.

CAPÍTULO III

—Alf...

—¿Sí...?

Dejé de marcar para darle la respuesta, sabiendo, intuyendo ya, lo que me iba a decir.

—Si les llamas, si a Nelly le ocurre algo por tu culpa... yo... no te lo voy a perdonar nunca. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Y qué cuernos quieres que haga? —estallé sin poderme contener, lo que la obligó a dilatar los ojos—. Es un rapto con un crimen. Y... quizá intervengan los federales, muchacha... El rapto, el secuestro, es delito federal.

—Sé todo eso pero...

Comenzaba de nuevo a marcar, y al darse cuenta de aquello Stella se interrumpió, callada, pero sin dejar de mirarme, pensativa, extraña, y de nuevo, siempre de nuevo, se me antojó fría, lejana, inalcanzable, y estuve a punto de encogerme de hombros.

—Departamento de Homicidios... ¿Dígame?

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de responder.

—Póngame con el teniente Buck Callender, ¿quiere?

—¿Quién es usted?

—Alf Sullivan —respondí—. Es urgente.

—Espere, por favor.

Lo hice, unos segundos, tal vez unos minutos; quizá nunca llegué a saber el tiempo transcurrido hasta que no le oí decir:

—¿Alf?

—Hola, Buck —repliqué—. Se trata de... Bueno, aún no lo sé, pero hay un cadáver por medio y tal vez... tal vez un rapto.

—¿Qué cuernos...?

—Deja las palabras fuertes para tus hombres que te tienen miedo, Buck —corté—. Te llamo desde la mansión, de los Perkins. Ella, *mistress* Stella Perkins, fue hoy a la ciudad, nos encontramos

allí y al regresar, alguien asesinó a la muchacha que se cuidaba de su hija... y... se la llevaron.

—Me explicarás eso después, Alf. ¿Tocaste algo?

—No. Solamente le tomé el pulso a la muchacha... lo que no hacía falta. Tiene un balazo en medio de la frente. ¡Ah! También vi el casquillo de una bala, junto a la pata de la cama. Un casquillo correspondiente a una automática de mediano calibre. Posiblemente una veintidós.

—Vamos ahora mismo... Y... Bueno, supongo que no hará falta que te diga que no te muevas de ahí, ¿verdad?

—Por una sola vez, Buck —dije—, voy a hacerte caso. Tengo interés por esto, por todo esto.

—¿Y por la viuda no?

Corté la comunicación sin responder, y me volví a mirarla. Tenía los ojos secos, brillantes, muy brillantes, desusadamente brillantes, pero secos.

—Estás contento, ¿verdad?

—No, ni mucho menos, pero no podía hacer lo que me pedías.

—Y ahora... ahora... ¿Qué va a pasarle a Nelly?

No supe qué contestar. Mala, terrible, tal vez horripilante, pero mi idea, mis pensamientos, mis sospechas, era que ella, Stella Perkins, ya no volvería a ver a su hija, por lo menos viva.

El raptor, las personas o personas que intervinieron en el crimen y rapto, habían matado, habían asesinado, tal vez porque Emily les reconoció, les vio la cara y... y... ocurrió, por lo que tanto si se ponían o no en contacto con ella, con Stella, jamás, nunca jamás vería a su hija.

Tal vez Stella estuviera pensando lo mismo, pero no lo decía, no pronunciaba palabra alguna, sólo lo hizo cuando solté el auricular, con una pregunta, que aún, como un presagio mortal, horrible, continuaba flotando en el ambiente.

Calladamente también me aparté de la artística mesita donde reposaba el teléfono y fui al bar y me preparé un nuevo *whisky*.

El silencio, preñado de presagios desagradables, a cual más desagradable nos envolvió, hasta que llegaron en silencio, sin un rumor, sin hacer sonar las sirenas, y cuando ya mediaba mi *whisky*.

El zumbador de la puerta de acceso a la calle la sobresaltó, lo vi perfectamente, y se puso en pie, pálida, de nuevo desencajada, con

los ojos cargados de reproche fijos en los míos.

—Ahí tienes a tu amigo, el teniente Callender —dijo con rapidez, también con violencia—. Ahora, ahora espero... espero que... que no ocurra nada de lo que temo... o voy a hacerte responsable, querido.

No respondí, no tenía palabras para hacerlo, no tenía tampoco, ganas ni tiempo para discutir, no tenía, en fin...

Su nueva pregunta me interrumpió mientras el zumbador continuaba sonando.

—¿Vas a abrir tú, o lo hago yo?

—Creo preferible que seas tú, muchacha.

Y de nuevo, una vez más, me vi frente a los ojos de Stella, cargados de sorpresa, pero no respondió; en silencio dio media vuelta y me dejó solo.

Unos segundos más tarde me veía frente a Buck Callender, del Departamento de Homicidios de Filadelfia, conjuntamente con cuatro de sus hombres.

Y empezó el interrogatorio que duró hasta bastante después que se llevaran a la Morgue el cadáver de Emily.

Al terminar, amaneciendo ya, Callender soltó la pregunta:

—¿Nos vamos, Alf?

Dije que sí y me puse en pie.

Salimos llevando a Stella detrás, fría, hermética, silenciosa, casi inhumana, preguntándome yo a qué se debería aquella actitud tan desusada en ella... pensando, asimismo, que debería ser a causa de la desaparición de la pequeña Nelly, pero por otra parte, había algo más, algo, quizá, que escapaba a mi mente por el momento.

Me volví a mirarla ya junto al coche policíaco.

—Vende esta casa, Stella —repetí una vez más, lo que ya le dijera durante el interrogatorio—, y busca un apartamento en Filadelfia. Aquí...

—Eso ya me lo dijiste antes, Alf.

No respondí, tampoco le tendí una mano, sabiendo ya, sin paliativos de ninguna clase, que una barrera invisible, pero no menos fuerte, no menos inexpugnable, se había interpuesto entre los dos.

Entré en el coche del teniente Callender y miré por la ventanilla. Stella se encontraba en el porche, aún en el porche, con los ojos

fijos en el automóvil, al pie mismo de la escalinata de mármol, envuelta en la blanca *neglige* de nylon.

Arrancamos, saludé con la mano, como despedida, como algo que fuera tal vez, también, «algo» más que no entendía, que no sabía cómo definir, y la pregunta repentina, inopinada del teniente, me sacó violentamente de mis pensamientos.

—¿Cuánto tiempo hacía que no veías a la viuda, Alf?

Fruncí el ceño.

—¿Te refieres a *mistress* Perkins? —inquirí a mi vez.

Se echó a reír, y aquello aún crispó más mis nervios, y traté por supuesto, de que no lo advirtiera.

Tuvo que ser así ya que repitió:

—¿Cuánto, Alf?

—¿Desde la muerte de su marido?

—Sí, así es.

—¿Qué significa esa pregunta, Buck?

—¿Cuánto, pesquisa?

—Nos hemos visto en repetidas ocasiones... Pocas veces, y ayer fue una de ellas. Como ya sabes, vino a mi oficina y...

—¿Qué dijo Della?

—Pero qué diablos...

Volvió a reír, y ahora sí maldije, lo que le produjo aún mayor hilaridad por lo que callé, esperando, intuyendo algo desusado en su pregunta, algo fuera de lo normal, a pesar de su risa burlona, a pesar de su inopinada hilaridad.

—¿De qué hablasteis? —preguntó al fin.

—¿Con quién? —inquirí—. ¿Con Della?

—¡Un cuerno, Alf! —estalló—. Me refiero a la viuda.

—De cosas sin importancia... de seducción, de amor, entre baile y baile, y entre copa y copa. ¿Porque no estarás sospechando que fue ella misma la que...?

—Por supuesto que no... pero hay algo que no entiendo.

—¿Y es...?

Me estaba mirando fijo, muy fijo a los ojos, al responder:

—Eso, Alf, espero que lo descubras por ti mismo... o vas a desacreditarte en Filadelfia como pesquisa, como fisgón inteligente.

Sin saberlo, Callender estaba repitiendo casi idénticas palabras que Stella no hacía mucho me dijera en su finca, en su cabaña de la

carretera de Camden, un poco antes que ellos llegaran.

Su nueva pregunta, que sonó a mis oídos casi sin transición alguna, me sorprendió:

—¿Dónde te dejo?

—Si te viene de paso —respondí—, en la 19th Street.

—Dime que te hagamos de taxista por esta noche, y te llevaremos incluso hasta la cama —fue lo que respondió, pero en el acto dio la dirección de mi apartamento.

Me despedí de Callender con un par de palabras, y subí hasta el piso dieciocho utilizando el ascensor, pensando, meditando, y cuanto más pensaba, más meditaba en todo aquello, menos, mucho menos me gustaba.

Frente a la puerta c introduje el llavín en la cerradura, lo hice girar y entré.

Había luz en el *living*, y acerqué la mano a la funda de la axila. El silencio que me rodeaba impresionaba mis sentidos, me parecía, sin lugar a dudas, que era obsesionante.

Avancé lentamente, pegado a la pared, y una vez junto a la puerta que me cerraba el paso escuché.

El silencio seguía siendo el mismo. Silencio rotundo, y sin embargo yo estaba seguro de que allí, en mi apartamento, no me había dejado ni una sola luz encendida, por la sencilla razón de que cuando salí, era completamente de día.

Empujé la puerta con la mano ya sobre la culata de la «Mauser» y entré; entonces vi a Della.

Fascinaba sobre el sofá donde se había tendido a todo lo largo. Sus muslos morenos, como su piel, fascinaban asimismo, puestos de manifiesto por los cortísimos *shorts* que se había puesto; incluso me fascinó el movimiento de su altiva y morena cabeza cuando se ladeó un poco para mirarme.

Me acerqué hizo intención de sentarse en el sofá y le ayudé, sentándome a mi vez a su lado, sin dejar de rodearla por la cintura.

—¿Ocurre algo, Della? —pregunté.

Me miraba, divertida, burlona al responder:

—Si deja de sujetarme por la cintura, como sí temiera perderme, como un... un... marido amante de su esposa, querida, puede que se lo diga.

Lo hice, sin preguntar cómo había logrado entrar allí sabiendo

cómo sabía que en la mesa de mi despacho había un juego de llaves.

—¿Y...?

—Llegó una carta para usted, míster Sullivan —dijo—; una carta bastante importante.

—¿La leyó usted?

—Por supuesto. Venía abierta... y es una carta extraña. Una carta que va a meterle a usted en un lío.

Sin saber por qué mis músculos se tensaron.

—Démela, ¿quiere? —pedí.

Della se inclinó un tanto, tomó el bolso, lo abrió, y sin dejar de mirarme, de observarme atentamente, me la entregó.

Incluso la dirección del sobre venía con letras de periódico recortadas.

La miré a los ojos; fría, impasible, tanto o más lejana que hacía unas horas pudiera estarlo Stella de mí; mi secretaria me observaba a su vez.

—¿Quién la trajo? —pregunté.

Della contestó con otra pregunta.

—¿No va a leerla?

—Luego. Antes quiero saber quién...

—No lo vi, míster Sullivan —me interrumpió—. Estaba en el buzón de la puerta, en el de la planta baja. Cerrada, por lo que la abrí. ¿Hice mal?

Ni yo mismo lo sabía; ni yo mismo llegaría a saberlo tanto leyéndola como no, pero aun así respondí.

—No, ni mucho menos.

Saqué el papel, sin esperar respuesta de Della y empecé a leer:

«No se busque complicaciones, si quiere ver a la pequeña, a Nelly Perkins, pesquisa. Le vimos con la viuda, ¿sabe? Ahora, la cuestión es cómo se las va a componer, tipo listo, para ahuyentar a la bofia de todo esto. Sabemos que les llamó, y eso no nos gusta. Trate de apartarlos de *mistress* Stella Perkins... por un tiempo que ya le diremos, y tal vez la niña aparezca».

Nada más, pensé, pero era bastante.

Desvié los ojos hacia Della.

Ojos grandes, brillantes, serios ahora, muy serios.

Una nota, sin petición alguna sobre el rescate, pero con otra aún mucho más importante, mucho más peligrosa, y me pregunté si debía o no informar a Callender, si debía o no decirle todo lo sucedido y si debía o no, por último, rogarle al mismo tiempo que dejara las cosas como estaban, que apartara de la casa de Stella la pareja de policías que la custodiaban, y todos los aparatos telefónicos y grabadoras que había instalado allí, y también, una vez más, si debía o no decirle lo que sospechaba que era lisa y llanamente, que a partir del momento en que secuestraron a la niña, a partir del momento que me vieron con la viuda como denominaban a Stella, ellos iban a mantener contacto directo conmigo.

CAPÍTULO IV

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Esperar.

Estupor, asombro, quizá incredulidad vi en sus ojos unos segundos antes de que los apartara hacia la puerta de acceso a la salida, ya en pie frente a mí.

—¿Esperar? —preguntó, no obstante a pesar de su actitud.

—Sí, así es. Es... lo único que puedo hacer.

—¿Sí...? Y entonces se meterá en un lío, mucho mayor del que... del que ya...

La interrumpí en aquel momento, cuando ya se estaba volviendo hacia la puerta.

—¿Qué haría usted?

—Poner esta nota en manos del teniente Callender, pesquisa —repuso— pero es, como digo, lo que yo haría. Nada más.

—¿Lo que quiere decir...?

—Que usted va a hacer lo contrario.

Empiezo a andar y fui detrás, alcanzándola donde era de esperar; en la puerta de acceso a la salida del apartamento.

—Della... —empecé.

Ladeó la cabeza para mirarme.

Había risa, regocijo, burla en sus ojos.

—¿Sí...?

—¿Por qué no se queda?

—¡Míster Sullivan! —Se estaba riendo cuando miró hacia el interior del apartamento—. Por supuesto que no voy a hacerlo.

—¿Por qué? —indagué.

—Tiene un apartamento precioso, jefe... con un dormitorio que es un sueño. La cama también me gusta... Tuve... tuve tiempo de observarlo todo, de registrarlo, pero no es eso lo que quiero.

—¿Un anillo en el dedo, Della?

La burla, la risa, el regocijo que había en sus ojos se acentuó:

—Nada de eso, querido, pero podía ser una posibilidad.

No traté de besarla cuando abrió la puerta del apartamento y salió al pasillo, pero sí dije:

—¿Quiere que la acompañe, muchacha?

—No. ¡Claro que no! Por supuesto que no voy a llevarle a mi apartamento. Allí tampoco, querido.

—¿Por qué?

—Tengo recuerdos.

—En eso la aventajo a usted, Della —dije—; yo no tengo ninguno.

—Buenas noches, míster Sullivan —fue lo que contestó un segundo antes de dar media vuelta, para dirigirse directamente al ascensor.

Esperé en la puerta, inmóvil bajo el marco, a que entrara en el armatoste mecánico, y luego me fui a dormir.

El día siguiente, hasta las cuatro de la tarde, lo pasé yendo de un lado para otro, haciendo algunas averiguaciones y después entré en una cabina telefónica.

Marqué.

Stella no se encontraba en su casa de la carretera de Camden; había salido. El policía que habló conmigo me dijo que no había noticias de los secuestradores, del secuestrador o secuestradores, y me pregunté, regresando ya al volante de mi coche, si el teniente Callender se guardaba cualquier as en la manga.

Caía la noche cuando di vista a la quinta, a la cabaña de Stella, pero no me detuve. Continué conduciendo hasta que llegué a Camden.

Pregunté al primer peatón que se me ocurrió...

—¿Quiere indicarme dónde está el Ancla de Oro?

—En esta misma calle, al final —dijo.

Di las gracias y de nuevo continué conduciendo.

El Ancla de Oro.

Detuve el coche frente a la puerta, saqué el paquete de cigarrillos de la guantera y encendí uno.

Fumé, incansable, como si no hubiera fumado un cigarrillo en tres meses o más, nerviosamente, pensando, haciéndome preguntas y más preguntas, sin respuestas, tal vez porque quizá, nunca, las

habría.

Al terminar con el cigarrillo abandoné el coche y entré en el bar, yendo directamente a la barra.

—¿Qué va a tomar, forastero?

La miré, hasta donde el filo del mostrador me impedía continuar.

Castaña; pelo liso, con una onda en la frente, sobre el ojo derecho, grande, rasgado, magnífico, negro, muy negro, y respondí:

—Un *whisky*, Silvia.

Se sobresaltó, o tal vez fueron figuraciones mías, y ya no pudo continuar pensando porque ella estaba diciendo exactamente lo que yo, sin excusas, sin paliativos de ninguna clase, esperaba que dijese:

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre?

Traté de sonreír, pero no pude, posiblemente porque el recuerdo de la pequeña Nelly estaba en mi mente de modo imborrable, de modo como pudiera estarlo de haber sido allí grabado a fuego.

—Si me sirve ese *whisky*, se lo diré.

—Sí, claro, ahora mismo. Perdona.

Estaba intrigada, tal vez asustada, quizá sospechando que había sido descubierto todo de tratarse de ella, o posiblemente, también, sólo era curiosidad expresada en aquellas dos simples preguntas, simple curiosidad y nada más.

—¿Y ahora...?

De nuevo estaba frente a mí, con el alto vaso, en la mano, un par de cubitos de hielo, mirándome, observándome, tratando de adivinar qué es lo que iba a decirle yo, qué es lo que trataba de ocultar si es que en realidad tenía que ocultarle algo a ella, y sobre todo, lo que especificó en principio; quién era yo y cómo sabía su nombre.

—¿Qué hace por las noches?

—Ahora es por la noche.

Y su voz era oscura.

—Lo sé. ¿Quise decir...?

—Sé lo que quiso decir.

Tomé el vaso y pregunté, un segundo antes de llevármelo a los labios.

—¿Y...?

—Me voy a casa.

Respondí justo en el momento en que de nuevo lo depositaba sobre la superficie del mostrador.

—¿Sola?

—Algunas veces.

—¿Y esta noche...?

—Tengo una cita, pero puedo cancelarla, sí... si va a acompañarme usted.

Era mentira, podía serlo... o lo era en realidad. Incluso podía ser una trampa, como no serlo.

—Hágalo —dije.

Y me llevé el vaso a la boca.

—Lo haré, si me dice quién es usted.

—Dije más tarde, pequeña —bebí otro poco e inquirí, mientras me miraba, una vez más fijamente, conteniendo la respiración y quizá, también, un poco pálida—: ¿Intrigada?

Antes de que pudiera contestarme, alguien, no sé quién, la llamó al otro extremo de la barra.

Bebí hasta terminar el *whisky*, encendí un cigarrillo y continué observándola, ajeno a todos, a lo que me rodeaba, a la gente que entraba y salía, a las minifalderas que en aquel momento ponían la máquina tocadiscos, demostrando después, a los pocos segundos, que aquella prenda servía para algo más que para llevarla puesta; ajeno, asimismo, a las posibilidades que las minifaldas ofrecían en todas las mujeres.

Sirvió un «Manhattan» con hielo, miró a su alrededor y luego abandonó la barra yendo a una de las puertas que había a uno de los ángulos del bar.

No me moví en unos segundos, pero luego sí. Lo hice pausadamente, sin prisa, adivinando, intuyendo, sin ser un tipo listo, sino corriente, lo que iba a ver a continuación.

No me equivoqué.

Un pequeño pasillo, tras una de las puertas, y tres cabinas telefónicas. En una de ellas, Silvia, la muchacha que vivía del sueldo que le pagaban en aquel bar, tal vez porque alguien, algo, le quitó lo que de ley era suyo... si es que ella en realidad pensaba así, y por el momento no había motivo para sospechar, para creer en lo contrario.

Me aparté y regresé a la barra.

Esperé.

Segundos o minutos, nunca lo supe en realidad, hasta que de un modo repentino la vi acercarse a mí sin que la hubiera llamado.

—¿Le sirvo otro? —preguntó.

—Sí, claro —dije.

Lo hizo, con deliberada lentitud, estudiándome una vez más, intrigada una vez más, curiosa también, como toda mujer.

—Cancelé la cita, ¿sabe?

—¿Sí...?

—Así es. Llamé por teléfono.

—¿Y...?

—¿Qué significa ésa y, querido?

—¿Dónde iremos? —pregunté a mi vez, sin responder, por supuesto, a su pregunta.

—A mi apartamento —repuso fríamente—. Si no tienes inconveniente.

—Tengo unos diez dólares, querida.

—Serán suficientes... si es que piensa pagar algo, forastero.

No respondí, me limité a tomar el vaso, a llevármelo a los labios y al terminar de beber formulé una nueva pregunta.

—¿A qué hora cierran esto?

—Sobre las dos. ¿Piensa esperarme entre *whisky* y *whisky*?

—¿Sabe de algo mejor?

No tuvo tiempo de responder.

Les vi a través del espejo que había a su espalda, y sin saber por qué intuí que aquellos dos venían por mí.

Era así; se colocaron a ambos lados, dejándome en medio, y uno de ellos, el de mi izquierda, dijo tan pronto como lo hube hecho:

—Apure eso, que nos vamos.

Ladeé la cabeza y le miré.

—¿Adónde?

—El *marshall* quiere verle.

—¿Qué...?

—No pregunte, termine con ese *whisky*, y venga con nosotros.

Tomé el vaso, apuré el licor de un sorbo, mirando el rostro frío, impasible, hermético de Silvia, que no parpadeó.

—¿Lleva armas?

Asentí, respondiendo ya.

—Y permiso para usarla.

—¿De verdad? Pues bien, démela. Pero con cuidado.

Lo hice, sacándola de la funda sobaquera, y la «Mauser» pasó a poder del uniformado policía.

—Una buena automática, ¿eh?

—Sí, así es —me vi en la necesidad de responder.

—Bien, pague, y vámonos.

Fue entonces cuando me sorprendí violentamente.

—El forastero no debe nada, Phil, es por cuenta de la casa.

No respondí empero, a pesar de mi sorpresa, de mi estupor, y empecé a andar hacia la puerta.

Al pisar la acera, el llamado Phil rompió el silencio.

—Es al extremo de esa calleja que empieza ahí. Por tanto, si quiere, puede dejar su coche dónde está.

No respondí y continuamos andando.

Diez minutos más tarde vi al *marshall*.

Camisa a cuadros, sombrero que tenía a su lado, sobre la mesa; sombrero vaquero, y la estrella de latón y de cinco puntas prendida al pecho, en la pechera de la camisa.

—Siéntese —dijo de buenas a primeras, y dale la pistola al forastero, Phil. Luego, podéis iros por ahí.

—Pero mar...

—Vamos, muchachos, largo.

Me devolvió la «Mauser», enfundé, y me dejé caer en una silla, frente a él.

—Y bien, *marshall* —inquirí—, ¿para qué me ha traído aquí?

—¿No lo sabe?

—No, confieso que no.

—Es... sencillo. Quiero, deseo, por supuesto, saber qué hace un tipo como usted en una población tan pequeña como Camden.

Se imponía una pregunta, una sola, de la cual no sabía si tendría o no contestación, y la formulé:

—¿Quién le dijo a usted...?

No me dejó terminar.

—Vamos, Sullivan, desembuche, ¿qué hace en Camden?

Podía haber visto mi fotografía en alguno que otro diario y tipo de retentiva recordar mi rostro apenas me vio; podía, incluso, que Callender me mandase seguir y al saber que tomaba el camino de

aquella población, dar el soplo para que me salieran al paso, podía...

El *marshall* no me dejó terminar con el pensamiento.

—Vamos, pesquisa, ¿por qué no responde?

—Iba de paso, y me detuve en el bar para tomar un *whisky* —respondí.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces, Sullivan, ¿quiere decirme por qué llamó a esa muchacha con su nombre?

—¿Se refiere a Silvia, *marshall*?

—Sí, así es.

—¡Oh! Bueno, pongamos que oí hablar de ella en Filadelfia.

Siguieron unos segundos de silencio, largos, pesados, desagradables, hasta que el *marshall* los rompió con una pregunta más:

—Ésa es su historia, ¿no?

—Sí, así es... y no es mi historia, sino la verdad.

—Y... ¿Piensa quedarse mucho tiempo en Camden?

Forcé una sonrisa.

—Sólo esta noche, *marshall*, y porque se me hizo tarde.

—¿Con Silvia?

—Posiblemente sí, si no hay ley que lo impida. ¿Le dijo ella eso?

—No, no la hay. En cuanto a Silvia... Bueno, telefoneó diciendo que había un tipo sospechoso en el bar haciendo demasiadas preguntas. ¿Qué fueron esas preguntas, Sullivan?

—Sencillamente —sonreí—, qué hacía cuando terminaba su trabajo.

—¿Nada más?

—No, nada más.

Se puso en pie, le imité, y ambos quedamos frente a frente, observándonos, estudiándonos también, quizá, tratando de calibrarnos mutuamente, para el futuro, para lo venidero, o tal vez, para algo que ninguno de los dos sabíamos por el momento.

—Puede irse, pesquisa, pero no se meta en líos. Camden es una población en la que nunca pasa nada y... no nos gustaría que ahora empezaran a ocurrir, ¿comprende?

—Francamente, no, *marshall* —respondí yendo hacia la puerta

que abrí sin que dijera nada más, sin que tratara de impedirlo, pero notando en mi espalda, fijos, sus fríos e inquietos ojos de ardilla, inteligentes, y de sabueso.

Abrí la puerta que cerré a mi espalda apenas cruzar el umbral, y salí a la calle sin volver la cabeza hacia atrás.

CAPÍTULO V

No entré en el bar, tampoco miré hacia atrás mientras continuaba caminando en aquella dirección, a pesar de que llevaba en mente la idea de que el *marshall* de Camden había podido ordenar que se me vigilara, discretamente, por supuesto, pero vigilancia al fin.

Me detuve en la esquina, muy cerca de donde había dejado al coche, rebusqué en mis bolsillos hasta hallar un paquete de cigarrillos y encendí uno. Esperé.

Fue bastante; algo más de una hora, sesenta y tantos minutos, largos, inconmensurables, que estuvieron a punto de hacer trizas mis nervios, y por fin las puertas del establecimiento público se cerraron.

Continué esperando, y ahora sí fue poco, muy poco, segundos tal vez, y la vi salir.

Piernas largas, elegantes, esbeltas, enfundadas en medias negras, de malla, y sin poderlo evitar el recuerdo de Della y Stella Perkins saltó a mi mente, hice una mueca un tanto desagradable y eché detrás.

La alcancé en la otra esquina después de que hubiera cruzado la calleja adyacente, justo al pisar la acera.

—¿Qué prefiere? —pregunté, colocándome a su lado—, ¿qué demos un paseo en coche, o nos vamos a su apartamento?

Se detuvo en seco, mirándome de distinto modo a como lo había hecho en el interior del bar, de pies a cabeza, con gesto despectivo en los labios, con desprecio en los ojos, y me pregunté por qué, mientras que mis sospechas se acentuaban.

—Ni lo uno ni lo otro, querido —dijo—, y si se pone pesado, más pesado aún quiero decir, me obligará a llamar a la policía.

—¿No lo hizo ya?

—Sí; no me gusta su cara.

—Es... todo lo contrario que me ocurre a mí, pequeña —respondí suave, calmamente—. ¿Nos vamos, o prefiere que hablemos aquí de Stella Perkins y de la pequeña Nelly?

Retrocedió un paso; fue un movimiento reflejo, instintivo, que no pudo evitar.

—¿Qué...?

—*Mistress* Stella Perkins y su hija Nelly —repetí—. Su sobrina y su cuñada de usted, *miss* Silvia Perkins.

Su actitud final para conmigo había cambiado, cambiaba, y ahora nacía una vez más la curiosidad en sus ojos, el deseo expreso de saber, que asomaba a sus pupilas aunque su boca, de labios gruesos, incitantes, rojos, juveniles, no pronunciaban palabra.

Simplemente esperaba a que yo continuara hablando.

Lo hice a continuación:

—Es importante, Silvia. ¿Dónde quiere que la lleve?

Ella desvió sus ojos de los míos y miró hacia delante, detrás de mí, por supuesto, pero delante suyo, por encima de mi hombro.

—Ese coche es suyo, ¿no? —inquirió.

—Sí, así es.

—Entonces, vámonos.

Retrocedimos y abrí una portezuela para que pudiera entrar, exactamente la del lado opuesto al volante, donde me coloqué yo.

Arranqué, y ahora sí miré por la ventanilla trasera.

—¿Dónde la llevó?

Encogió los redondos y morenos hombros, semidesnudos, y respondió:

—Por ahí, donde usted quiera.

Empecé a buscar la salida de Camden, hacia la carretera, a poca velocidad, como aquel que sólo desea dar un paseo agradable, a cualquier parte, en compañía de una mujer hermosa; como aquel que sólo quiere halagarla, complacerla.

Fue ella la que rompió el silencio con una pregunta apenas si las ruedas del coche pisaron la ancha autopista que conducía directamente a Filadelfia.

—¿Qué ocurre con Nelly y Stella? Y sobre todo, ¿quién diablos es usted?

—En cuanto a lo segundo —respondí—, se lo diré más tarde. Ahora sólo interesan la madre y la hija.

—La odio —fue lo que dijo con inusitada, con violenta pasión.

—¿A la madre o a la hija? —pregunté.

—A la madre, por supuesto. ¿Qué hay de ella?

—¿Por qué ese odio, Silvia?

—Ella... se casó con mi hermano en contra de la voluntad de toda la familia, incluso la de mi padre... pero se olvidó, luego, antes de morir, de cambiar el testamento.

—¿Sí...? ¿Y cómo?

—Se lo dejó todo a mi hermano y al morir éste... éste... todo fue a parar a la viuda.

—Según tengo entendido, querida, *mistress* Perkins sólo tiene como capital, la póliza de seguros que su hermano hizo a su favor y que cobró en...

—Eso, por lo menos, es lo que dice Stella.

—¿Y usted no lo cree?

—No. Había un capital. No mucho, pero sí más del medio millón de dólares. Alguien lo tiene... pero esto, ¿qué diablos le importa a usted, entrometido?

Fue entonces cuando decidí decir la verdad, o parte de ella.

—Me contrataron para investigar algo, querida.

Frunció el ceño, sus ojos me asaetearon, lo vi perfectamente a través del espejo retrovisor, unos segundos antes de que dijera:

—¿Policía?

—Algo de eso —traté de sonreír sin conseguirlo—. No oficial, por supuesto.

—Por supuesto —remedó ella como un eco—. ¿Quién le contrató? Stella, ¿verdad?

—Volviendo a lo de antes —y me salí por la tangente frente a sus dos preguntas—, ¿trataron de impugnar el testamento de su padre?

—No, no lo hicimos. Es decir, no lo hice.

—¿Por qué?

—Esa zorra, Stella... Bueno, ella cuidó siempre mucho de guardar las apariencias y... y por otra parte, si lo hubiera hecho a pesar de que la ambición desmedida no está penalizada por la ley; si lo hubiera hecho, digo, sólo hubiera servido para perjudicar, también, a mi hermano. Preferí... preferí continuar sola en todos los sentidos, sola hasta ahora.

Latía odio, veneno en su voz.

—¿Y no será que todo son invenciones tuyas, Silvia? —pregunté.

Durante unos segundos el más absoluto silencio en el interior del coche y luego, de pronto, de un modo repentino, súbito, dio el estallido:

—Es usted un maldito hijo de perra, polizonte —dijo—. Vamos, déjeme salir del coche.

—Si continúa por ese camino, querida, si le oigo un insulto más... voy a darle un par de bofetadas, y le van a doler, palabra —dije—. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de mujeres, pequeña. Con mujeres como usted, si me entiende.

Se encogió en el asiento, asustada quizá, pero no era así, ya que a los pocos segundos, su risa estalló en el interior del vehículo.

—Sé que lo haría, físgón —dijo—. Sé que... Pero no voy a quitar ni una sola palabra a lo dicho. Es usted un maldito hijo de perra, pero... pero... En fin, eso no cambia las cosas.

—¿Qué cosas?

—La herencia de mi padre, esos dólares que según usted no existen, y los motivos para hacerme tantas preguntas. Unos motivos que aún no me ha dicho. Tampoco su nombre, ¿por qué?

Sonreí, y ahora no tuve que esforzarme en hacerlo.

—Alfred Sullivan —dijo—, investigador privado de Filadelfia, querida.

—De acuerdo, Sullivan, y ahora, volvamos a empezar. ¿Por qué vino a molestarme? Y no me diga que le gustan mis piernas porque eso le ocurre a todos los hombres cuando me ven. ¿Qué es ello, amor?

Dudé un poco, vacilé entre decirlo o no, hasta que me decidí.

—Es confidencial, Silvia, y si lo explico, puede ocurrir un crimen.

Abrió los ojos y vi la duda, la incredulidad en ellos.

—¿Por mi causa?

—Sí. Será así, si no mantiene la boca cerrada.

—¿Tan grave es?

—Sí. Secuestraron a la pequeña Nelly luego de asesinar a la muchacha que la cuidaba. Estoy investigando eso.

—¿Y para eso vino a Camden? —Y abrió mucho los ojos, más, mucho más que antes, incrédulos, sorprendidos también—. ¿Cree

que fui yo la que...?

—Alguien está tratando por todos los medios de... de... aligerar por ese medio la bolsa de *mistress* Perkins.

—Sí, ya lo he supuesto, pero por este lado, por mi lado, pierde el tiempo, Sullivan —hizo una ligera pausa y disparó la pregunta—: ¿No le habló Stella de los Barris?

—No. ¿Por qué tenía que hacerlo?

—Son amigos de la familia... De su familia se entiende. De mi hermano y de ella... hasta que la amistad se perdió.

—¿Por qué? —me interesaba aquello—. ¿Quiere decírmelo, si lo sabe?

—Por ambición; por la ambición de Stella, ya que gracias a ella, mi hermano les chafó varios negocios que estuvieron a punto de arruinarles. Tal vez ellos organizaran todo este tinglado.

—Esa acusación es peligrosa, Silvia, y usted lo sabe.

—No es acusación, pesquisa. Simplemente una posibilidad que queda dentro de este coche. Llame a la policía, avíseles, cíteme en una encuesta, en un juicio, y negaré hasta haberle visto a usted, ¿comprende?

No respondí.

Callé por tanto, triturando mentalmente, desmenuzando una a una, todas las palabras que me había dicho.

Cuando al cabo de unos minutos la miré, Silvia se había recostado contra el respaldo del asiento del coche y tenía los ojos cerrados.

—¿Cansada? —pregunté.

—Sí —repuso sin abrirlos—. Me levantó bastante temprano para ir a trabajar. Ya sabe dónde.

—Sigo teniendo los diez dólares, y cerca de aquí hay un motel. Me estaba mirando ya, entre regocijada y sorprendida.

—¿Cree que habrá bastante? —preguntó.

—Seguro. Incluso nos quedará para tomar el desayuno mañana, tan pronto como nos levantemos.

—No quisiera perder el empleo.

—La despertaré temprano.

Cerró los ojos mientras maniobraba en el centro de la carretera con objeto en enfilar nuevamente la dirección de Camden.

—¿Y...? —pregunté en vista de que callaba.

—Bueno, Alf.

Conduje hasta el motel, y media hora más tarde nos enfrentábamos los dos en el centro de la habitación que habíamos alquilado para pasar la noche.

—¿Y ahora...? —inquirí.

—Ahora —se me acercó—. Ahora, querido —añadió un segundo antes de llevar las manos a mi cuello—. Tendrás que besar a la pequeña Silvia. No olvides que, estoy bastante cansada.

CAPÍTULO VI

Casi no me sorprendió porque lo esperaba.

Abrí los ojos; a mi lado, en la cama, no había nadie. Silvia se había marchado. Suspiré con alivio.

Allí, en Camden, nada me quedaba por hacer. Había perdido el tiempo, quizá, pero tampoco estaba muy seguro.

Salté de la cama, me di una ducha, me vestí y salí a la carretera. En el coche comprobé la gasolina que me quedaba en el depósito; la suficiente para llegar a Filadelfia por lo que sin más emprendí el camino de regreso con una pregunta en mi mente, una sola; la de si los secuestradores habrían tratado de ponerse en contacto con Stella, o en su defecto Della habría recibido una nueva nota.

Una milla más abajo oí el sonido de la sirena de la policía y miré por el espejo retrovisor.

Hice una mueca y reduje la velocidad arrimando el coche a la cuneta, lo detuve del todo y esperé sin saber a ciencia cierta qué ley de tráfico había infringido, si es que en realidad lo había hecho.

El coche-patrulla se detuvo detrás del mío, vi cómo la portezuela se abría dando paso al *marshall* de Camden, y ahora me envaré, también sin saber por qué.

—Hola, Sullivan —saludó. Pero advertí que sus ojos estaban fríos, muy fríos—. ¿Puedo subir?

Le abrí apartándome a un lado para que pudiera colocarse cómodamente frente al volante.

Pero no lo tomó, y me sorprendí por ello.

—¿Qué sabe de Silvia? —preguntó, cuando yo aún no había salido de mi sorpresa ante su presencia.

—La esperé a la salida del bar.

—Sé todo eso. Adelante, pesquisa. ¿Y qué más?

—Nos dimos una vuelta en mi coche.

—¿Nada más?

—No.

Dudó un poco, y finalmente respondió:

—Pasaron juntos parte de la noche en ese motel que hay más arriba, Sullivan.

—Alguna ley que...

El gesto de su mano me interrumpió, y luego, con una pregunta más, volvió a sorprenderme.

—¿A qué hora le dejó Silvia, pesquisa?

Sonreí.

—No lo sé. Estaba durmiendo cuando ocurrió, *marshall*. Y ahora, ¿quiere decirme a qué se debe este interrogatorio?

—La mataron, pesquisa. Le metieron un balazo en la nuca, hecho con una automática de mediano calibre.

Me sobresalté, y sé que él se dio cuenta, y ladino, siempre en su papel, muy en su papel, hizo como si no hubiera visto nada.

—¿Qué trata de hacer, *marshall*? —inquirí—. ¿Cargarme el mochuelo?

—No puedo.

—¡Ah!, ¿no? ¿Por qué?

Y había sorpresa en mi voz, que tampoco pasó desapercibida para él.

—El encargado de la noche la vio salir esta madrugada. No le dijo nada, pero le saludó al pasar.

—¿Dónde la encontraron?

—En un atajo que va directamente a Camden. Se ahorra un par de millas. Una muchacha de la ciudad vio su cuerpo tendido entre unos matojos, y nos llamó —hizo una ligera pausa y esperó su pregunta sabiendo, ¿qué duda cabe?, cual iba a ser, y no me equivoqué—: ¿De qué hablaron Silvia y usted?

Pensé, medité en muchas cosas, recordé al teniente Callender, dándome cuenta de que podía decírselo todo, salvo darle cuenta de la nota que me enviaron los secuestradores.

—*Mistress* Stella Perkins, de Filadelfia —y le di las señas que anotó, y a continuación proseguí—: Como le digo, me contrató para que investigara el secuestro de su hija. Di, por supuesto, parte al teniente de Homicidios Callender.

—Sé quién es Callender, pesquisa, y también sé que es buen amigo suyo. Procure tener cuidado, y conservar esa amistad. ¿Y qué

más?

Poco a poco le expliqué todo cuanto hablamos Silvia y yo, para terminar diciendo:

—No soy quién para indicárselo, *marshall*, pero creo que sería conveniente que se pusiera en contacto con la policía de Filadelfia, ya que esto arranca directamente de allí.

—Lo hice ya. Y ahora, una última pregunta, Sullivan —y la disparó sin transición alguna—: ¿Quién estaba enterado de su visita a Camden?

—Mi secretaria —respondí sin mentir—. Ahora, *marshall*, no le puedo decir si lo comentó o no con alguien, aunque aseguraría lo contrario. Ella nunca, jamás, habla en la calle de los asuntos de mi oficina. Son confidenciales.

Poco más hablamos ya, y siempre ante mi sorpresa, ante mi estupor, abandonó mi coche con un ademán de despedida, y con un que «podía volver a Camden cada vez que quisiera», se fue.

—Han estado llamando por teléfono cada diez minutos, míster Sullivan —dijo, tan pronto como entré en la oficina, poco después del mediodía.

Me detuve, mirándola, examinándola fríamente, calculadoramente, como no lo había hecho nunca desde que viniera a trabajar para mí.

Era la misma de siempre, la de todo momento, la fascinación que emanaba de su persona, idéntica. Todo, todo igual, exceptuando la minifalda, que había cambiado por otra, en edición de bolsillo.

Las piernas esbeltas, largas, perfectas como las de una muñeca de bazar.

—No me mire de ese modo, ¿quiere?

No hice caso y respondí:

—¿Quién ha estado llamando, Della?

—No lo sé. Dijo, esta última vez, que no se moviera de aquí hasta que volviera a llamar, o tendría un disgusto.

—¿Hombre o mujer?

—Puede ser ambas cosas. Quiero decir que estaba disfrazando la voz... y también quiero decir, lo digo desde luego, que es uno de los secuestradores.

—¿Llamó *mistress* Perkins?

—No, ni la policía tampoco.

Di media vuelta y sin responder crucé el umbral que daba acceso a mi despacho, rodeé la mesa y me dejé caer en el sillón.

Cuando miré la puerta, Della estaba allí, recostada contra el marco, mirándome entre burlona y curiosa, pero no entendí por qué, hasta que no preguntó:

—¿Cómo le fue en Camden, míster Sullivan?

—Si viene aquí y se sienta en mis rodillas, se lo diré.

Me sonrió, cálidamente, suavemente.

—No voy a hacer nada de eso, pesquiza —afirmó rotundamente.

—¿No...? —fingí extrañarme—. ¿Por qué, Della?

—Porque usted haría de todo menos hablar.

—¿Y qué es ése todo, querida?

—¡Oh! Me besaría, me acariciaría y eso... terminaría con... con...

—¿Con qué?

Hizo una mueca, dio un par de pasos, y materialmente se desplomó sobre uno de los sillones, cabalgando a continuación una pierna sobre la otra.

—¿Qué ocurrió en Camden, sabueso? —inquirió.

—Conocí a Silvia Perkins, hermana del difunto marido de *mistress* Perkins.

—¿Y...?

—Trabaja en un bar, querida. Esperé su salida y nos fuimos a dar un paseo en mi coche.

—¿Y...? —repitió ella.

—Le llevé a un motel donde pasamos parte de la noche. En habitaciones separadas por supuesto.

—Por supuesto que sí, querido —afirmó regocijada—. Por supuesto que sí. No lo pensé, ni lo pienso. ¿Y... qué ocurrió... durante el paseo?

—Hablamos, y me contó algunas cosas interesantes. Niega, claro, saber algo del secuestro.

—Puede mentir.

—Si lo hizo, fue su última mentira.

—¿Qué...?

—Cuando me levanté ya había abandonado el hotel... y la

mataron, Della. Murió de un balazo en la nuca.

—Lo que...

Nunca supe lo que me iba a decir, porque en aquel momento empezó a sonar el timbre del teléfono que había sobre mi mesa, sobresaltándome.

Nos miramos los dos, y fue ella quien exclamó:

—Puse la llamada aquí, mediante la clavija. ¿Quiere que responda yo?

Tomé el auricular y lo pegué a mi oído izquierdo.

—Sullivan al habla —dije—. ¡Diga...!

Hubo una pausa, un lapsus, un silencio que duró unos cuantos segundos, y de nuevo oí la voz, disfrazada, según dijera ella, razonablemente:

—¿Recibió mi nota, sabueso?

—¿Qué nota? —inquirí a mi vez.

—Una... con letras de periódicos. ¿Me comprende ahora?

—Sí, así es —repuse—. ¿Qué más?

De nuevo aquel silencio, aquel lapsus inquietante, y una vez más, también una vez más, la voz sonando a mis oídos.

—El teléfono de la viuda está intervenido, ¿verdad?

Dudé ahora, calibrando los pros y contras que podía tener una respuesta sincera, concreta, y por fin repliqué:

—Sí, así es... y no puedo hacer nada por evitarlo.

—Ya lo sabemos, polizonte. Y ahora... va a ponerse en contacto con la viuda.

—¿Y...?

—Ciento cincuenta de los grandes o no verá más a la pequeña.

—¿Es que aún está viva?

Le oí reír, burlándose de mi quizá, o simplemente porque tomaba mis palabras como un chiste, aunque yo no le viese la gracia por parte alguna.

—Seguro —afirmó cuando la hilaridad le dejó hacerlo.

—Quiero hablar con ella —dije—; quiero oír su voz, ¿comprende?

—No puede ser ahora.

—¿Cuándo?

Y mi voz era cauta.

—Busque a la viuda... lo que tiene que ser antes de la noche.

Recibirá instrucciones. Entonces ella, su madre, hablará con la muchacha, con la pequeña, ¿comprende? Pero antes... Y cuidado con hacer intervenir su teléfono, pesquisa. Es el primer y último aviso.

No respondí porque no pude. Ante la mirada curiosa, seria, tal vez expectante de mi secretaria, cortaron la comunicación y lentamente deposité el auricular del teléfono sobre su soporte.

Consulté el reloj justo en el momento en que ella formulaba la primera pregunta, innecesaria por supuesto:

—Era el chantajista, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Cuánto...?

—La más pura, sincera y extraordinaria discreción por todo esto, aunque usted, Della, pueda pensar que estoy bromeando ahora, al expresarme de ese modo.

—Sé que no es así.

Miré por segunda vez el reloj, y pregunté:

—¿Qué le parece, querida, si nos largamos por ahí a comer?

—Pero... pero... ¡Míster Sullivan!

—¿Quién ha dicho que no? ¿Usted?

Se puso en pie.

—Por supuesto que es idea mía —afirmó.

—Una idea con malas intenciones —dije, acercándome ya.

No se movía, simplemente me miraba, con burla en los ojos.

—Vamos, querido —alentó suavemente—, no me cansaré de esperarle.

Puse mis manos en su fina, delicada y gentil cintura, y me incliné.

No pronunció palabra cuando un minuto largo más tarde nos separamos, y fue hacia la puerta.

La alcancé en el pasillo, camino del ascensor. No me miró, y tampoco dijo nada.

De este modo, sin soltarla, alcanzamos la calle donde abandonando su cintura la prendí por el brazo.

Comimos en Pine, muy cerca de la oficina, en silencio, observándonos, estudiándonos, aprovechando el momento en que ella creía que no la miraba, o viceversa.

Ya con los cigarrillos en las manos, y el café frente a nosotros,

preguntó:

—¿Y ahora, míster Sullivan?

—Ahora va a regresar a la oficina, Della.

—¿Y una vez allí?

—Trate de establecer contacto con *mistress* Perkins.

—¿Y qué más?

—Pídale una cita para antes de las ocho de esta tarde.

—¿Y usted...?

—Tengo que ver a un par de personas, querida. Luego regresaré al despacho.

—Lo que en otras palabras quiere decir que le espere allí, ¿verdad?

—No, si no lo desea. La que debe esperarme es *mistress* Perkins.

—¿Y yo no? ¿Por qué?

—Porque podía hacer algo mejor, Della.

—¿Sí...? ¿Puedo saber qué es?

—Ir a mi apartamento.

Abrió mucho los ojos, pero no vi ni sorpresa ni estupor en ellos, tampoco incredulidad; sólo una inmensa burla, o tal vez no; quizá su mirada resultara completamente indefinible.

—No voy a hacer nada de eso, y usted lo sabe, míster Sullivan.

—Te estaré esperando, querida.

No esperé a ver la expresión de sus ojos ante mi tuteo inesperado, y dando media vuelta alcancé la calle, sin volver ni una sola vez la cabeza y dejándola sola, a solas con sus pensamientos, si es que en aquel momento anidaba alguno bajo su hermosa pelambrera negra.

Empuñé el volante y conduje hasta Independence Hall.

CAPÍTULO VII

Número 980, apartamento 75, letra F.

Utilicé el ascensor después de echar una mirada comprobadora a las tablillas de la portería, y ya en el pasillo me dediqué a buscar el apartamento correspondiente.

No vacilé, levanté la mano y hundí el pulgar en el botón del zumbador. Luego esperé.

Era pelirroja, y su combinación de nylon transparente, hacía juego con su cabellera, y con el brillo de sus ojos.

Muy joven; apenas veintidós o veinticinco años.

—¿A qué viene? ¿Qué busca aquí?

—Mi nombre es Sullivan —dije—, y quiero hacerle unas preguntas. Unas cuantas preguntas tal vez, *mistress* Barris. Porque usted es *mistress* Lenora Barris, ¿verdad?

Había asombro, violento asombro en sus ojos cuando respondió:

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre?

Recordé a Silvia porque aquellas palabras me la tenían forzosamente que hacer recordar, e hice una mueca indefinible con los labios.

—Una mujer me habló de usted y de su marido —respondí—. Una mujer que murió asesinada —terminé brutalmente.

Se tambaleó, y su rostro, fresco, juvenil agradable, más que agradable hermoso, tomó el color de la tierra del barro sucio.

—¿Quién... quién es ésa... ésa...?

—¿Prefiere que hablemos aquí, o pasamos al interior del apartamento?

—Sí, claro... Es... es mejor que entre.

Se apartó a un lado, crucé el umbral, cerró a nuestra espalda y me condujo al *living*.

—¿Quién es usted?

—Un pesquisa, un fisgón si lo quiere así.

—¿Y qué busca en mi casa?

—El motivo de un rescate... por un delito federal.

—¿Qué...? Escuche, pero ¿qué diablos...?

—¿Conoce a *mistress* Stella Perkins?

La sorpresa, el estupor virulento que había en sus ojos debido a mis preguntas, desapareció para dar paso a una infinita frialdad.

—¿Cómo dijo?

—Me ha oído perfectamente, *miss* Barris —repuse—. Dígame, ¿la conoce?

Dudó unos segundos y su vacilación, se rompió de pronto.

—Correcto, sabueso —dijo—. Siéntese y espere. Voy, quitarme esta combinación y ponerme algo más adecuado encima; más adecuado para recibir visitas se entiende.

—Puede dejársela si quiere, querida. Me gusta cómo está —dije.

—Lo sé... pero a mí no el modo como me mira.

Se fue, dejándome solo, y me dejé caer sobre un sillón.

No tuve que esperar mucho.

Minivestido, tanto o más corto que la combinación con que me recibiera no hacía ni diez minutos.

—Bien, pesquisa —dijo dejándose caer en otro de los sillones, frente a mí—. Desembuche, ¿quiere? ¿Quién fue esa mujer que murió?

—Silvia Perkins, hermana del difunto...

—Conocí a Silvia, Sullivan —cortó suave, pero firmemente—. ¿Alguna otra cosa? No pensará que yo la maté, ¿verdad?

—No —repliqué—. No, por lo menos aún no, aunque tal vez, quizá, pueda pensarlo más tarde.

—Bien, le escucho. ¿Qué es ello?

—Asesinato, pero no el de Silvia, por supuesto. Asesinato y secuestro. Delito federal como le dije.

—Sí, es así. ¿Y qué tiene que ver esto conmigo? Es decir, ¿con mi marido y conmigo?

—Asesinaron a Emily y se llevaron a la pequeña Nelly. Emily era la muchacha que cui...

—También sé todo eso... aunque no sabía lo del secuestro. ¿Nos está acusando de haberlo hecho, tipo listo?

—Supongo que no por ahora, pero existe una posibilidad.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Tanto su marido como usted, tenían motivos para hacerlo.

—¿Sí...? Dígame uno. Uno solo, o llamaré a la policía.

—Negocios, pequeña. *Mistress* Barris, su marido de usted, tenía negocios y el de *mistress* Perkins le chafó algunos —y empleé la palabra exacta que Silvia empleara conmigo, en nuestra única y última conversación—. Es un modo como otro cualquiera para sacarse...

Me interrumpí porque se puso en pie, sin previo aviso, y vi cómo dándome la espalda se acercaba decidida al teléfono.

La dejé llegar, y pregunté justo cuando levantaba el auricular.

—¿Va a llamar a su marido, preciosa? —inquirí.

—Nada de eso, amor —repuso fríamente—. Voy a llamar al teniente Callender de Homicidios. Es amigo de mi marido. De John, ¿comprende? Quizá... quizá le quiten la licencia.

—Sí, tal vez lo hagan —dije.

Y esperé.

Empezó a marcar una cifra, un par de letras, y luego, dejando de hacerlo se volvió a mirarme, sin soltar el auricular.

—¿Se marcha? —preguntó.

—No, por el momento no, querida —dije—. Espero a saber en qué para todo esto.

Lenta, muy lentamente, con deliberada lentitud, lo depositó sobre su soporte y se me acercó.

—Bien, pesquiza —añadió—. Usted gana. John no conoce al teniente Callender.

—¡Ah!, ¿no?

—Pero lo conozco yo.

—¿Y eso cambia las cosas?

—Pudiera ser.

—Pero no es seguro.

—No, no lo es.

—En ese caso, ¿por qué no me cuenta lo que sepa?

—Respecto a Stella Perkins... y a nosotros.

—Sí, así es.

Vaciló, dudó de nuevo, tal vez, quizá, tratando de coordinar sus un tanto dispares ideas, y por fin respondió:

—Stella sabe guardar las apariencias cuando le conviene, polizante —eran las mismas o casi parecidas palabras que a su vez

dijera Silvia—. Sabe hacer las cosas lo suficientemente bien como para que... que nadie llegue a sospechar ni por un asomo la clase de mujer que es.

—¿Algo en concreto?

Una vez más vi la duda en ella, la vacilación; duda y vacilación que se transmitió a sus ojos, y también una vez más, respondió a lo que le preguntaba:

—Tonteó varias veces con John, ¿comprende?

—¿Quiere decir que ella y su marido eran...?

Me interrumpió:

—¿Amantes? No, no creo que llegaran a tanto, pero salieron juntos muchas veces y... se besaron también. Yo misma les vi en un par de ocasiones, e intervine. No con ella, sino con John. A partir de entonces dejamos de visitarles y... empezaron a salirnos mal los negocios.

—Stella, ¿no?

—Sí, así es. Influyó en su marido para... para... Bueno, lo cierto es que Silvia dijo la verdad, le dijo la verdad a usted. Estuvimos a punto de ir a la ruina. Siento... siento que la mataran... aunque no llego a comprender por qué. Ciertamente, que se llevaba mal con Stella, aun antes de su matrimonio con su hermano... pero eso... eso...

—¿La cree capaz de matar, *mistress* Barris?

—Llámeme Lenora, Sullivan —dijo, interrumpiéndome—. Es más corto y más agradable.

—De acuerdo, Lenora —respondí—; la pregunta sigue en pie.

—¿Stella...? Bueno, es una mujer que una jamás, nunca, sabe adónde puede llegar y mucho menos qué es lo que piensa en un momento determinado.

Esperé, sin responder, unos segundos, y, por fin, solté la pregunta, la única que estaba seguro la haría saltar, perdiendo toda su impasibilidad de piedra, toda aquella pose de amabilidad para conmigo, si es que, en realidad, era una pose:

—¿Dónde estuvo su esposo de usted anoche, Lenora?

Me miró, llena de regocijo, que asomó a su boca y a sus labios, de un modo súbito, impetuoso, incontrolable, y respondió:

—Aquí mismo, querido; en mi dormitorio, y entre mis brazos. Supongo que... que no tendré que entrar en detalles, ¿no?

Le devolví la sonrisa, cuadrada por supuesto, y respondí:

—No, supongo que no... pero esa declaración no es válida en ningún tribunal.

—Lo sé, pero no hay otra.

Me puse en pie, y ella continuó:

—¿Se marcha, Sullivan?

—Sí, así es.

—¿Conoce a míster Rex Holland?

—No —me interesé en el acto—. ¿Quién es?

—A esa pregunta sólo puede contestar *mistress* Stella Perkins, sabueso.

Di media vuelta y avancé hacia la puerta de la calle, llevándola detrás.

Me prendió de un brazo cuando hice intención de abrir la puerta y ladeé la cabeza para mirarla.

—¿Sí...?

—No me ha preguntado por mi marido —dijo.

—¿No...? Si no entendí mal él pasó...

—No es por ahí, pesquisa —me interrumpió—. Me estoy refiriendo ahora, a hoy mismo.

—¿Debo hacerlo?

Sacudió la cabeza, encogió los bellos y redondos hombros, semidesnudos, y susurró:

—No, por supuesto que no. Adiós, Sullivan, espero que nos volvamos a ver algún día.

Me tendió la mano, la estreché en silencio, di media vuelta, me franqueeé el paso y una vez más sin volver la vista atrás, caminé hacia el ascensor.

Y también una vez, frente al volante del coche, me vi conduciendo hacia la calle donde tenía instalada mi oficina.

Pero no llegué de primer intento.

Antes lo detuve frente a una cabina telefónica, entré, y marqué un número.

—¿Departamento de Homicidios...?

—Sullivan —corté—, póngame con el teniente Callender.

Unos segundos más tarde oí su voz:

—¡Cuernos, Alf! —Fue su exclamación de saludo—. ¿Dónde te metes? Llevo más de media hora tratando de localizarte y Della me

ha dicho que... que... Bueno, que te habías ido y que no sabía cuándo volverías. ¿Qué lío es ese de Camden?

—La cosa empezó...

Se lo expliqué en pocas palabras y a continuación solté la pregunta, la única pregunta que en verdad me interesaba:

—¿Qué sabes de la bala que mató a Emily...?

—Calibre veintidós automático y corresponde, también, al casquillo que encontramos junto a la cama.

Dudé un poco, y finalmente formulé una nueva pregunta:

—¿Algo en concreto sobre la muerte de Silvia Perkins, teniente?

Sé, porque el *marshall* me lo dijo, que la asesinaron también con un arma de mediano calibre.

—¿Estás tratando de establecer una relación entre los dos crímenes, Alf?

—Sí, así es.

—¿Por qué?

—Escucha, Buck —repliqué—. El asunto es sencillo, ¿no? Hablé con la viuda, con Stella Perkins, ¿verdad? Ella, a su vez, me habla de Silvia y del matrimonio Barris... y me doy una vuelta por Camden porque sin saber cómo, deseo hablar primero con Silvia. Nos damos un paseo, pasamos parte de la noche en un motel, se marcha antes de que me despierte, sin decir nada, sin despedirse, y como cosa lógica sin despertarme... y al poco tiempo alguien se la carga de un balazo en la nuca. ¿Qué sabía Silvia para terminar de aquel modo? ¿Quién o quiénes eran los secuestradores? Es una posibilidad que...

—Estoy esperando la bala que la mató, Alf —me interrumpió el teniente—. El *marshall* de Camden la ha mandado ya hacia aquí. Tan pronto como en Balística sepan algo, te lo diré —hizo una pausa que no interrumpí y añadió—: ¿Qué sabes de los secuestradores?

—Posiblemente mucho menos que tú, polizonte. Que yo sepa, quien tiene todos los servicios de vigilancia establecidos eres tú y no yo. ¿Se pusieron en contacto con Stella?

—No, ni mucho menos. No por teléfono. Tampoco recibió una sola carta al respecto. Estamos en contacto con la administración de Correos y con el cartero de esa demarcación.

Corté la comunicación, abandoné la cabina y fui, ahora,

directamente a mis oficinas.

Eran las siete y cuarenta y cinco minutos de la tarde cuando detuve el «Cadillac» frente a la puerta que daba acceso a la escalera y utilizando el ascensor subí.

Tanteé la puerta, una vez frente a ella.

Pensé en Della, recordé lo que le había dicho y sonreí. Tal vez, quizá, se había decidido. Recordé también a Stella, a la pequeña Nelly, y que faltaba un cuarto de hora para que uno de los secuestradores se pusiera en contacto conmigo.

Stella que no estaba allí, en mi despacho, posiblemente porque mi secretaria no había podido encontrarla, y recordé, asimismo, al teniente Callender al cual, por un olvido disculpable, por supuesto, debido a las circunstancias, se me olvidó preguntar si por cualquier situación se había puesto en contacto con él.

Abrí la puerta y entré, yendo a sentarme donde siempre, tras la mesa despacho, sobre el destartado sillón.

Esperé con la botella y los pies sobre el tablero de la mesa.

CAPÍTULO VIII

El timbre del teléfono sonó a las ocho y tres minutos.

Levanté el auricular.

—¿Dígame...?

—Hola, pesquisa —dijo el comunicante—. ¿Vio a la viuda?

—No pude.

—Es usted un sucio bastardo. Le di una orden y quiero que comprenda que usted... va a ser el culpable de que la pequeña...

—Pero la veré esta noche. Tenemos una cita.

—Correcto... Es el último plazo. Ciento cincuenta de los grandes, en moneda fácil de manejar. Telefonearemos a las ocho de la mañana... y luego... le mandaremos una caja con un regalo. Dígaselo a *mistress* Perkins. Ella lo entenderá.

—¿Adónde telefonarán?

—A su apartamento.

—Quiero hablar con la pequeña.

—Mañana, a las ocho. Un paso en falso, un aviso a la policía, y la recibirá hecha pedazos.

No pude contestar.

Colgaron al otro lado, y haciendo lo propio, pensativamente, tomé la botella de *whisky*, bebí directamente de su cuello y telefoneé a mi vez.

Della no estaba en su apartamento, y podía, claro, estar en el mío. Traté de localizar a Stella, pero la policía, desde su cabaña de la carretera de Camden, me dijo que había salido, dejando dicho que pasaría la noche fuera de la quinta, y no había más.

Maldije entre dientes, tomé otro sorbo de *whisky*, guardé la botella en el cajón central de la mesa, cerré el despacho y me encaminé a la calle.

Conduje a mi apartamento y subí.

Había luz en el *living* y una maleta pequeña; más que una

maleta, un bolso de viaje, sobre uno de los sillones, y miré hacia la puerta que daba acceso a mi dormitorio.

Fue entonces cuando la vi, pero no era mi secretaria, sino Stella, que me sonreía desde la puerta.

—Hola, Alf —dijo—. Bienvenido a tu casa. Siéntate, y te prepararé un *whisky*.

No se lo dije, pero noté, instantáneamente lo noté, que me estaba haciendo falta, y con este pensamiento, con este deseo en mente, me dejé caer en uno de los sillones.

—¿Cómo has entrado aquí? —pregunté, cuando el estupor, la enorme sorpresa que sentía, me dejó hacerlo.

—Della, tu secretaria, me dejó la llave.

—¿Vas de viaje? —inquirí ahora, señalando el bolso de viaje.

—Vine a quedarme —señaló hacia atrás, por encima de su hombro—. Es un dormitorio precioso, Alf. La cama... es estupenda.

—¡Eh! ¿Y qué diablos hago yo?

—Tú...

Se adelantó unos pasos, se acercó al pequeño bar, preparó un par de *whiskys* y vino a mi lado llevando los vasos en la mano.

—¿Qué... qué sabes de los secuestradores, Alf? —preguntó apenas se hubo sentado.

—Telefonarán.

—Stella me dijo que pedían... o que iban a pedir algo. ¿Cuánto, Alf?

—Ciento cincuenta mil dólares, muchacha —dije—. Darán las instrucciones precisas dentro de unas horas. Mañana sobre las ocho.

—¿Y...?

Bebí un poco y contesté:

—Tenemos que esperar.

—Mi pequeña, Alf...

—Olvidalo por ahora, querida —y con un brazo rodeé su cintura—. Aunque sea por esta noche, olvidalo.

—Lo intentaré.

Bebió a su vez, y mientras lo hacía pregunté:

—¿Quién es Rex Holland, Stella?

Se desprendió de mi brazo, casi con violencia, mirándome con los ojos muy abiertos, asombrados, hasta que repuso con un hilo de voz:

—¡Álf!

—¿Quién...?

—Eso te lo dijo... te lo dijo Lenora, ¿verdad? La has visto, ¿no?

—¿Quién es, muchacha? —repetí una vez más.

—Un amigo mío.

—¿Muy amigo?

—¡Álf! ¿Hace falta eso ahora?

—¿Muy amigo, Stella? —repetí.

—Bueno, no es ni ha sido mi amante, si te refieres a eso —respondió con calma, con extraña calma—. Sencillamente hemos salido juntos muchas veces, siempre después de la muerte de... de... Me besó, eso no puedo negarlo, pero nada más.

—¿Sabes sus señas?

—¡Álf!

—¡Cuernos! —estallé—. ¿Es que no sabes decir otra cosa? Las señas, Stella, las necesito... y ha de ser ahora mismo, ¿comprendes?

—Pero ¡Álf! Rex se va a poner furioso sí... vas a verle y le dices que yo... que yo...

—¿Tan importante es para ti, muchacha?

Arqueó una ceja, en un movimiento leve, apenas perceptible, y nervioso.

—No es eso, Álf —respondió—, y tú lo sabes.

—Entonces...

—Está bien, te las daré.

Lo hizo acto seguido, tomé nota que guardé en el bolsillo, y añadió:

—Por otra parte... sé... sé... Pero ¿qué tiene que ver Rex con todo esto?

—No lo sé —repose secamente—, pero es una posibilidad, toda una posibilidad, algo en que agarrarme, en que sujetarme, para no continuar dando palos de ciego.

Stella me interrumpió dando un brusco giro a la conversación, retorciéndola, cambiándola de dirección, deseando tal vez, centrar mi atención en otra cosa, apartar mis pensamientos de Rex Holland.

—¿Por qué... por qué se pusieron en contacto contigo Álf?

—¿Quiénes? —indagué, a pesar de saber lo que quería decirme. ¿Los secuestradores?

—Sí, claro, así es. Ellos... yo... yo soy la madre de Nelly y...

—Saben que el teléfono de tu casa está intervenido y también, quizá, sepan de la amistad que nos une a ambos, a ti y a mí. Me usan como intermediario a fin de que aparte a la policía de ellos. Eso es todo.

—¡Te lo dije, Alf! —Estaba nerviosa—. Te supliqué que no les llamaras y...

—Estoy haciendo lo que puedo —corté—. Anda, pequeña, bébete eso.

Lo hizo, a pequeños sorbos, sin dejar de mirarme por encima del borde del cristal.

Media hora más tarde, sin que viniera a cuento, de un modo repentino, tal vez impensado, tal vez, y por el contrario, meditado cuidadosamente de antemano, dijo:

—Estuve en Camden, Alf.

Me senté de un salto sobre el lecho y la miré.

Me sonreía sin moverse, con las largas pestañas velando un tanto el brillo de sus inquietantes ojos, mostrándome la marfileña blancura de sus dientes, y la hermosa cabellera desparramada sobre la almohada.

—¿Cuándo? —pregunté, en tanto que una idea, una extraña idea trataba en vano de abrirse paso en el interior de mi mente.

—Anoche, querido. Adiviné lo que ibas a hacer, y te seguí. Lo hice hasta el motel, pensando que tu acompañante sería... sería tu secretaria... hasta que os vi entrar. Silvia Perkins... y me sentí decepcionada.

—¿Por qué creíste que era Della, precio...?

—Porque también la vi en Camden.

Maldije secamente y con burlón regocijo, con comicidad, se tapó los oídos con las manos, hasta que dejé de hacerlo.

—¿Dónde la viste? —inquirí a continuación.

—Ya te lo he dicho. En Camden.

—Lo oí perfectamente, querida. ¿Dónde?

—Oculta en uno de los portales, en la acera opuesta al bar donde entraste.

—¿Y luego...?

Encogió los desnudos hombros, me sacó la lengua en ademán burlón, más, mucho más burlón que su expresión cómica anterior, y replicó:

—No lo sé, Alf, y te digo la verdad. Te vi salir con los dos de la bofia y te seguí, hasta tu vuelta al bar. Presencí a distancia tu encuentro con Silvia y de ahí el por qué no la reconociera antes y te seguí hasta el motel. Lo que fue o hiciera tu secretaria, a partir de entonces, si quieres saberlo, tendrás que preguntárselo a ella, querido.

No respondí, pensaba, barajando, haciendo trizas en mi mente todas y cada una de sus palabras, pensamientos que Stella cortó en seco.

—¿Vas a pasarte la noche en vela, pensando? Si no es así, apaga la luz, ¿quieres?

Silenciosamente, sin responder, alargué la mano y accioné el interruptor de la lamparilla de la mesita de noche.

Empezaba a servir el desayuno cuando el súbito timbrazo del teléfono nos sobresaltó a los dos.

Se le demudó el semblante, se le volvió ceniza, y sus ojos se dilataron, se desorbitaron en el interior de sus cuencas.

—¡Alf...! Son... son ellos... ¿Quieres... quieres que... que...?

—Contestaré yo, querida —le interrumpí, abandonando la silla en que estaba sentado, frente a la mesa del comedor.

Fui al *living*, pero cuando llegué al teléfono, Stella se encontraba a mi lado, quizá más pálida aún, más aterrorizada, más nerviosa también.

—¿Sí...? —dije—. ¿Dígame...?

—¿Está ahí la viuda, fisgón?

—Sí, así es. ¿Quiere hablar con ella?

Hubo un par de segundos de silencio y la misma voz, obsesionante voz, sin matices, imposible de reconocer, respondió:

—El trato es con usted. ¿Qué hay de esos billetes?

—Es casi imposible sacarlos del Banco, todos juntos, sin que alguien sospeche que...

—¡Un cuerno, sabueso! Eso es lo que es difícil. Escuche, que esto es el final... y ya no lo voy a repetir, ya no habrá un solo contacto más, ¿comprende? Dígale a la viuda que tome su coche, vaya al Central Bank, estacione en la playa de estacionamiento sur, deje las portezuelas abiertas y luego entre en el Banco. Cuando salga, si lleva la pasta, debe ponerse el bolso sobre el hombro, en

bandolera... y tiene que ir sola, completamente sola. Ni usted debe aparecer por allí. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí.

Le oí reír.

—Emocionante, pesquisa —se burló—. Celebro que esté en tan buena disposición de ánimo. —Hizo una ligera pausa que no interrumpí, y prosiguió al cabo de tres o cuatro segundos de silencio —: Sobre las tres, tome el suyo, pesquisa, y conduzca hacia la carretera de Camden. Deténgalo bajo los árboles en la parte izquierda de la carretera, a la altura de la milla cincuenta y tres. Una vez allí, abandone el automóvil y camine hasta encontrar un camino de animales. Sígalo. Poco más tarde verá una cabaña derruida, deshabitada, separada de los árboles que la rodean por un pequeño claro, siga caminando, y cuando llegue al claro, deje la pasta bien visible. Entonces debe retroceder y largarse de allí. ¡Ah! Venga solo. Dígale todo esto a la viuda... que le tendrá que dar esos dólares en su oficina. Debe estar allí sobre las dos... y usted, haga lo que quiera, pero su secretaria tiene que abandonar el despacho antes de que la viuda llegue con el bolso y la... pasta. Ahora, pesquisa, repita la instrucciones.

Lo hice lentamente, muy lentamente, en tanto mi mente trabajaba velozmente. Al terminar pregunté:

—¿La pequeña...?

—La soltaremos media hora más tarde de recibir ese montón de dólares, ¿entiende?

Sabía que no tenía otra opción, que no había más medio que aquél, más medio que ceñirse a los deseos de los secuestradores, a sus exigencias, y sin responder a aquello pregunté:

—¿Puede hablar su madre con ella?

—No.

—Escuche, mátela, haga lo que quiera, pero *mistress* Perkins no entregará ni un solo dólar si no habla, ahora y no luego, con su hija.

Al otro lado se hizo un silencio tan intenso que por unos segundos creí que todo se había perdido, que todo se lo había llevado el diablo, que habían cortado la comunicación, pero no era así ni mucho menos.

—Correcto, pesquisa, dígale a la viuda que se ponga.

Sin responder, con un ademán silencioso, alargué el auricular a

Stella.

Lo tomó con mano que temblaba, pálida, más terrosa si cabe que antes, a punto, tal vez, de perder el sentido o de sufrir un ataque de nervios.

—¿Sí...?

Su voz era un quebradizo hilo, a punto de romperse en un segundo, de un segundo a otro.

—¿...?

—Sí, claro, por favor... Sí... Por supuesto... Yo... yo...

Por favor.

—¿...?

Esperó, con el rostro tan demudado como siempre y los pechos acusando a través de la tela de la blusa su respiración, su fuerte e incontrolable para ella, respiración.

—¡Nelly! Hija... ¿estás... estás bien?

Vi cómo escuchaba unos segundos y luego, dilatados los ojos, igual que siempre, con expresión dolorida, se lanzaba entre mis brazos después de soltar el auricular, escondiendo la hermosa cabeza en mi pecho.

Acaricié su pelo, tratando de calmarla, tratando, asimismo, de consolarla, y a continuación le di las últimas instrucciones, no sin que antes ella me hubiera dicho que sí, que efectivamente, la que estaba al otro lado del hilo era su hija; que sí, que sin lugar a dudas, la había reconocido.

Unos minutos más tarde nos separamos.

CAPÍTULO IX

Detuve el «Cadillac» frente al número 586 de Georgetown, en el distrito de Columbia y miré a mi alrededor.

Lejos, muy lejos, casi al otro lado de la ciudad, una mujer, Silvia Perkins, estaba llegando al Central Bank. Cerca, muy cerca de mí, la persona que deseaba ver.

Consulté el reloj antes de abandonar el coche. Tenía tiempo más que sobrado por lo que no me apresuré, a pesar de que utilicé el ascensor hasta el piso decimotercero.

Apartamento 49, letra A.

Lo busqué, frente a la puerta vacilé un poco y finalmente hundi el dedo en el blanco botón del zumbador.

Esperé, meditando, triturando, machacando una vez más en mi mente, barajándolas, todas y cada una de las ideas que me sugería todo aquel tinglado, desde su comienzo hasta el momento presente, dándome cuenta, también una vez más, de la desalentadora realidad; no tenía nada; absolutamente nada.

Volví a llamar, un par de veces más, y la puerta se abrió, enmarcándole en el umbral.

Llevaba sobre su atlética figura un batín de seda natural, debajo los pantalones del pijama, y unas zapatillas.

—¿Sí...?

Voz cortés, pero fría, pensé, preguntándome, en el intermedio, cómo sería en el momento justo en que yo abandonara su apartamento, si es que, en realidad, me dejaba entrar.

—¿Míster Rex Holland?

Se puso en guardia; no experimentó cambio alguno en su actitud, correcta y fría, casi despectiva, aunque esto último no tenga nada que ver con la corrección, pero algo que súbitamente flotó en el ambiente me lo hizo suponer así.

—Sí, yo soy —respondió—. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted, ahí dentro.

—¿Sí...? ¿Y por qué?

—Puedo darle varias razones... pero sólo especificaré una: secuestro.

—¿Qué cuernos...?

—¿Continuamos aquí, en la puerta, o entramos?

Vi cómo se tensaba, cómo sus músculos se endurecían bajo el batín, me apresté a repeler cualquier clase de agresión, pero tampoco hizo falta, pues viniendo del interior, del apartamento, oí la voz más inesperada para mí, completamente inesperada, para ser más exactos:

—Dile que pase, Rex. Es... ese detective del que te he hablado. Míster Sullivan; un pesquisista inteligente, que está dando palos de ciego. Secuestro, ¿comprendes?

Holland se apartó de la puerta, crucé el umbral, cerró a nuestras espaldas y con un mudo ademán de su mano me indicó que le siguiera.

Lo hice hasta el *living*, donde vi lo que necesariamente esperaba ver.

Lenora Barris se encontraba allí, con una pierna sobre la otra, y los muslos, largos y perfectos, brillando con luz propia, y una sonrisa entre burlona y de bienvenida en los labios.

—Siéntese, pesquisista —dijo suavemente, con extraña suavidad. ¿Una copa, o quiere que les deje solos para que hablen con más comodidad?

Lo hice en uno de los sillones, advirtiéndole que Holland lo había hecho ya en el otro, sin dejar de observarme, sin quitarme los ojos de encima ni un solo segundo; alerta, como ya me lo pareciera en la puerta.

La miré a ella.

Minifalda y blusa; traje de calle por supuesto, pero aquello no significaba nada para mí no lo significaría tampoco para nadie.

—Bien, desembuche, Sullivan, y lárguese. Nos está estorbando.

—¡Rex!

—Nos está estorbando, Lenora. Que se vaya al cuerno... ahora mis...

—Me iré, míster Holland, pero antes deseo saber una cosa.

—¿Y es...?

—Dónde se encontraba usted la noche que secuestraron a la hija de *mistress* Perkins.

Contestó dando de lado a mi pregunta, saliéndose por la tangente:

—¿Me creería si le dijera que no supe lo del secuestro hasta que Lenora me lo dijo?

—¿Cuándo fue eso, anoche?

—Se está pasando de listo, pesquisa. Lenora y yo... sólo somos buenos amigos.

—No dije lo contrario... ¿Dónde, míster Holland?

—Esa pregunta ya me la hizo la policía. Concretamente el teniente Callender.

—Concretamente —repetí—, ¿por qué no me la responde a mí?

—Porque no quiero, fisgón. Exactamente porque no me da...

Le interrumpió Lenora, dejándome frío con su respuesta:

—Estuvo conmigo, Sullivan.

—¿Toda la noche?

Se echó a reír, burlona, regocijada, y oí maldecir a Holland a pesar de que no pronunció palabra.

—Cierto que sí, querido.

No respondí en unos segundos, hasta que dije:

—¿Puede decirme ahora dónde se encuentra su marido, *mistress* Barris?

—¿Piensa contarle esta entrevista?

—¿Y por qué no?

A mi lado, a mi derecha, donde se había sentado, Holland maldijo una vez más y se puso en pie; no me moví, pero sí advertí:

—Un altercado, una bronca, un escándalo aquí, Holland, sólo serviría para empeorar las cosas con respecto a los dos, a ustedes dos. Lo entiende, ¿verdad?

De nuevo, una vez más, Lenora interrumpió una respuesta.

—Se lo diré, querido, porque se da el caso de que mi marido estaba con nosotros aquella noche. Los tres juntos. Cómo ve, es una coartada perfecta, inmutable.

Me puse en pie y nuevamente vi el burlón regocijo en sus ojos.

—Y ahora, pesquisa, ¿puedo saber qué va a hacer usted?

—Preguntarle algo, una sola vez, y luego me iré.

—Suéltela ya, ¿quiere?

—¿Juraría delante de un tribunal esto que me ha dicho, querida?

—¿Y por qué no, si es la verdad?

No respondí, di media vuelta y sin mirarles, caminé hacia la puerta del apartamento, oyendo a mi espalda los firmes pasos de Holland, siempre los pies calzados con las zapatillas.

Preguntándome dónde estaba la mentira o la verdad en las palabras de Lenora Barris, diciéndome después de todo que aún no sabía dónde encontrarle a él porque ella no me lo dijo y yo no quise insistir más.

Alcancé la calle, miré a ambos lados, y avancé hacia el coche.

Tenía aún mucho tiempo, demasiado diría yo, ante el estado de mis nervios, hasta las dos de la tarde hora en que tendría que ver a Stella en mi despacho.

Recordando que el desayuno que ella preparara en mi apartamento quedó sobre la mesa, sin que ninguno de los dos lo tocara, empecé a conducir buscando un *snack*-bar.

Finalmente, veinte minutos más tarde, entré en uno yendo directamente a la barra donde pedí un bocadillo de queso y una lata de cerveza.

Luego, ya con todo aquello frente a mí, abandoné el taburete y fui a una de las dos cabinas telefónicas que había.

Empecé a marcar.

—Oficina de...

—Soy yo mismo, Della.

Oí su exclamación, y a continuación su pregunta:

—¿Dónde se encuentra, míster Sullivan?

—Bastante lejos aún, pequeña —respondí—. ¿Algo nuevo?

Contuvo la respiración, lo noté, lo aprecié a pesar de no verla.

—Me... me están interrogando, ¿sabe? El inspector Callender está aquí, conmigo. Yo...

—Ya lo sé —corté con suavidad—, te vieron en Camden.

—¿Cómo... cómo...?

—Te lo diré más tarde —continué tuteándola—. En cuanto al teniente Callender, ahora hablaré con él, pero antes, quiero que me digas a mí qué fuiste a hacer allí.

—Cualquier empleada, fuera de horas de oficina, puede ir a dónde le plazca, pesquisa... y eso es lo que le he dicho a ese

polizonte, que no deja de mirar mis piernas desde el sillón... y... y... voy a mandarle al cuerno, querido, si sigue de ese mo...

—¿Por qué, Della? —inquirí una vez más.

—Le estoy diciendo la verdad, querido, nada más que la verdad, pero el teniente, ese sabueso, dice que yo... yo maté a ésa... Silvia por celos, y está tratando de averiguar qué relaciones nos unen a los dos. A usted y a mí, aparte, claro es, del empleo de secretaria.

—¿Y no los tienes?

—Tengo, ¿el qué?

—Celos.

—¡Oh! ¿Quiere irse... quiere irse al... al...?

—Cuerno, pequeña —completé, interrumpiéndola una vez más, pero antes, quiero que me hagas un favor. Antes de irme al cuerno, querida.

—Al...

—¡Espera, Della!

No cortó la comunicación como temí que hiciera, sino me esperó.

—Quiero, que antes de las dos de la tarde... que para las dos de la tarde, mejor dicho, consigas, compóntelas como puedas...

Terminé de explicárselo, de decírselo, e inquirió, casi sin dejarme terminar:

—¿Cómo ha dicho...?

—Me has oído perfectamente, Della.

—¡Oh!

Eso fue todo en principio, luego el golpe del auricular y la llamé:

—Della... Della, ¿estás ahí?

No respondió, encogí los hombros, riendo, regocijado también, pensando que de vez en cuando uno puede sentirse de ese modo, divertido, aun a costa de los demás, como los demás, de vez en vez, se sienten a costa de uno.

Esperé, sabiendo lo que iba a ocurrir a continuación.

Fue menos, mucho menos de lo que esperaba.

—Alf, ¿estás ahí?

Era la voz de Callender.

—Hola, polizonte, ¿qué significa ese interrogatorio a Della?

—Estuvo en Camden. Creo que ya lo sabías; lo sospecho solamente, ¿no?

—Lo supe anoche. *Mistress Perkins* la vio allí.

—¿Qué...? ¡Cuernos, Alf! Explica eso, ¿quieres?

Lo hice, y terminé diciendo:

—Escucha ahora con atención, teniente... que se me pasa el tiempo.

A partir de aquel instante nuestra conversación corrió casi a cargo mío. Luego colgué y lentamente fui a la barra donde más lentamente aún terminé con el bocadillo y con la lata de cerveza.

Aboné la consumición y de nuevo, una vez más aquella mañana, me vi frente al volante del coche, conduciendo sin prisa alguna, a través del tráfico intenso de las anchas avenidas de Filadelfia.

Vi a Stella justo cuando estacionaba mi coche en la acera opuesta, y ella descendía del suyo, frente a la puerta de acceso al interior del edificio donde tenía mi despacho.

Crucé al otro lado, sorteando el tráfico rodado y la alcancé en el momento en que entraba en el portal, con el bolso en la mano.

—Alf, no te esperaba tan pronto. ¿Y tu... tu secretaria?

—¿Alguna causa para que me hagas esa pregunta?

—No, claro. No, como no sea en qué quedamos que ella... ella...

—No se encuentra en la oficina, querida —la prendí del brazo y la empujé hacia el ascensor—. Le di un encargo que le agradará.

—¿Sí...? —preguntó. Y añadió cerrándose ya la puerta del ascensor a nuestras espaldas—: ¿Qué clase de encargo, para que... que le guste?

—La mandé a comprar una caja de medias de nylon. Dije que sus piernas eran perfectas.

—Dije... dije siempre que eras un payaso, Alf.

Entramos en la oficina, utilizando yo mi llavín para franquearnos el paso, y como esperaba, Della no estaba allí, tampoco el teniente Callender, tampoco los sabuesos de la policía.

—Siéntate —dije—. Supongo que traes...

—En el bolso. Me... preguntaron en el Central Bank para qué quería tantos dólares en billetes pequeños y... y...

—¿Qué les dijiste?

—Que la pequeña se puso mala y que el médico recomendó un cambio de aires. Que ambas nos marchábamos de Filadelfia por una temporada. No sé si lo creyeron o no... pero me los dieron sin avisar a la policía. Yo... yo... ¡Oh, Alf! Tengo miedo, mucho miedo.

Estoy... estoy aterrorizada, querido.

De nuevo vino a mis brazos, y el timbre del teléfono nos separó.

—Ahí los tienes otra vez —dije en un susurro, como temiendo que pudieran oírme, como temeroso de que tal vez supieran tanto o casi tanto como yo, y en aquel susurro, débil, apenas audible, estuviera la clave, el verdadero sentido de todo, el verdadero sentido, también, de lo ocurrido, de lo acontecido hasta entonces, y pudieran oírlo por cualquier medio fuera de mi alcance.

Lentamente me aparté de Stella y cruzando el *living* me encaminé hacia la mesita sobre la cual descansaba el teléfono cuyo timbre continuaba sonando.

CAPÍTULO X

Levanté el auricular notando, fijos en mí, los obsesionantes, los asustados, los aterrorizados ojos de Stella.

—Sullivan al habla —empecé—. ¿Dígame?

—¿Qué cuernos hacia la policía en su oficina, fisgón? Les dio el soplo, ¿verdad?

No me sorprendió que lo supieran; desde que empezara todo aquello, no me sorprendía nada; nada podía, necesariamente, causarme sorpresa alguna.

—Interrogaban a mi secretaria. Se cometió un crimen en Camden, y ella estuvo allí. Puede informarse de eso, usted que todo lo sabe.

—¿Está mintiendo?

—Tome el teléfono y hable con el teniente Callender. ¡Bastará que le diga que usted también la vio en Camden, y ya sabrá el resultado!

—Lo haré, pero luego. ¿Tiene la pasta?

—Sí, así es.

—El plan sigue siendo el mismo. Hora de la cita, a las cuatro de la tarde. Tiene tiempo, sabueso. Ahora dígle a la viuda que cuando usted abandone el despacho, diez minutos más tarde que lo haga ella, sola por supuesto, que tome su coche y vaya a su casa de la carretera de Camden. Que no se mueva de allí, y mucho menos que hable de esto con los polizontes que controlan su teléfono. ¿Entendido?

—Correcto, lo haremos así. ¿En cuanto a la pequeña...?

—La soltaremos treinta minutos más tarde de que usted haya dejado la pasta en el lugar convenido.

No respondí, porque no me dio tiempo; cortó la comunicación y lentamente me volví a mirarla.

Los ojos, su expresión, la expresión de su rostro, en expectante

cuando se enfrentó conmigo.

—¿Qué... qué fue...?

—Nos están vigilando. Supieron que Callender estuvo aquí, y querían saber a qué vino. Por lo demás, salvo ligeras variantes, todo sigue igual.

—¿Qué quieres decir?

—Es sencillo, querida —repuse calmadamente, y procedí a explicarle mi última conversación con el chantajista, y al terminar pregunté, cambiando, dando un giro insospechado para ella en la conversación—: Vi a Holland.

—¿Qué?

—Vi a ese tipo —añadí, sin prestar demasiado caso a su interrupción—, pero no pude sacar nada en claro.

—¿Esperabas otra cosa, Alfred?

—Cierto que sí... y lo hubiera conseguido, pero tu amigo Rex estaba bastante bien acompañado.

—Apuesto a que Lenora Barris se encontraba con él.

—¿Cómo lo sabes?

—Es corriente en ellos.

—¿Amantes...?

—No; ni mucho menos. Amigos. Los tres, forman casi un trío inseparable para muchas cosas.

—¿Qué tres?

—Lenora, su marido, y Rex.

—¿Para qué cosas?

—Negocios, Alf. Simples negocios que no penan las leyes, pero que son sucios moralmente. Y perdona si no te lo dije antes, pero no venía al caso. En cuanto a Nelly... a mi hija...

La interrumpí, no deseando verla nerviosa, por lo menos no más que lo estaba, no deseando, tampoco, tener que sufrir un ataque de sus nervios, no deseando, por último, retrasar más mi encuentro con los chantajistas.

—¿Dónde puedo ver al marido de Lenora? —pregunté.

—¡Alf!

—¿Es que no sabes...?

—Bueno —me interrumpió a su vez—, tal vez esta noche, si tienes suerte, puedas tropezarte con él en el Manila. Es un club nocturno de Independence Hall.

—Sé dónde está —consulté el reloj y añadí—: Se me está agotando el tiempo y tengo...

Se me acercó poniendo las manos sobre las solapas de mi americana, aplastándose contra mí, como deseando que ambos nos fundiéramos en uno solo, como queriendo, asimismo...

No tuve tiempo de seguir con mis pensamientos porque éstos se esfumaron de mi mente.

Alcancé la calle y mi coche quince minutos más tarde, subí, sin lanzar ni una sola mirada hacia atrás, despreocupado por completo de quien pudiera seguirme, de quien estuviera al acecho desde cualquier parte, con los ojos fijos en la puerta de acceso al edificio donde tenía mi despacho.

Mi única preocupación, por supuesto, era tratar de adivinar qué era lo que iba a encontrar más adelante en aquel claro, frente a aquella cabaña derruida y deshabitada, que era también, sobre todo, o quién era, el posible secuestrador o secuestradores.

Empecé a conducir.

La carretera; continué conduciendo con una mano la derecha, consultando el reloj de pulsera.

Media hora; el tiempo justo para llegar, pensé, y miré ahora sin poderlo evitar, hacia atrás, a través del espejo retrovisor. Había varios coches... y cualquiera de ellos podía ser el que me seguía, en el supuesto de que fuera así o simplemente, como digo, no, tal vez no me siguiese nadie.

Alcancé el lugar cuando faltaban menos de cinco minutos para la cita; descendí del coche luego de esconderlo fuera de la carretera, bajo los árboles, tomé el paquete con los billetes y lentamente empecé a buscar camino.

Sobre mi cabeza empezó a oírse el zumbido de un avión; mejor dicho, de una avioneta, a gran altura. No levanté los ojos; tenía la plena conciencia, la plena seguridad de que sus insignias, que las llevaría, eran particulares... y no de la policía, pero sabía también, que en su interior, tal vez el teniente Callender o algunos de sus hombres, estaban mirando el bosque, a través de unos gemelos de gran potencia, o través de otro chisme cualquiera.

Continué andando, la pistola en el interior del bolsillo de la americana, en el derecho, hasta que vi el claro, y entonces tuve la sensación, la desagradable sospecha, de que iba a ocurrir algo, de

que las cosas no iban a suceder como habíamos previsto el teniente Callender y yo, en nuestra última conversación telefónica, unos segundos antes de que la impresionable Della se desmayara en mi despacho de resultados del encargo que le di.

Me detuve al filo de los árboles y observé la cabaña. Arriba, en el azul del cielo, la avioneta subía de punta para luego, a continuación, dar la vuelta de campana, caer en picado, en barrena, y salir de la caída rizando el rizo ya casi a la altura de los árboles.

El rugido de sus dos motores al máximo de revoluciones cuando pasó sobre mí me dio la impresión de que me ensordecía. Tampoco elevé los ojos, tampoco la miré; permanecí observando, atentamente, como si la avioneta no tuviera nada que ver conmigo, preguntándome *in mente* si Callender, desde las alturas y a pesar de la velocidad de la avioneta, habría visto algo de lo que yo no lograba ver.

El silencio, luego que el ruido de los motores se hubo perdido en la distancia, era impresionante.

Empecé a andar, sin acercar la mano a la culata del arma, sin introducirla en el bolsillo de la americana, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir en aquel momento. Aparentando, también, una calma que estaba muy lejos de mí, pues mis nervios parecían cuerdas de guitarra.

Me detuve en el centro del claro, lancé una mirada a mi alrededor, una última a la semiderruida mansión, parte de cuya techumbre faltaba, e inclinándome solté el paquete en el suelo; un paquete que contenía ciento cincuenta mil dólares en billetes pequeños, de fácil manejo, de fácil distribución.

Empecé a retroceder, paso a paso, observando con disimulo a mi alrededor donde nada se movía, donde nada, quizá, se oía, aparte, claro está, de mis pasos casi ahogados por la hierba seca que pisaba.

Alcancé los primeros árboles...

Pasos a mi espalda... pasos, carreras, y me volví de lado lanzándome al suelo de modo instintivo, y no me equivoqué, ya que mi caída, mi rodar por entre el seco césped, se vio sorprendido por el tableteo de una metralleta.

Con la automática en la mano me volví en el suelo, enfrentándoles.

Eran tres, dos con armas cortas y el otro, el tercero, con una

«Sten» inglesa en las manos.

El chorro de balas quebró ramas y tallos de pequeños arbustos un segundo o dos antes de que intuyera, también, que el próximo me alcanzaría, y disparé.

Una, dos tres veces, y el tipo de la «Sten» dio un traspié, se detuvo, vaciló un poco, y al fin se enterró en el suelo en tanto que los otros dos llegaban al paquete.

Uno, el que lo tomó, dio media vuelta, corrió hacia la casa en ruinas en tanto que el otro, el segundo, disparaba contra mí.

Salté hacia el tronco de uno de los árboles, perdí pie, rodé de nuevo entre el césped, notando, claramente, el terrible impacto de una de las balas contra uno de los troncos, a mi derecha, y apreté el gatillo al enfrentarle otra vez.

Tuve suerte, porque el tipo se vino al suelo y sin dudarlo, sin un solo segundo de vacilación, me puse en pie y corrí, en zigzag, pero la precaución no hacía falta, porque el tipo, al que no logré ver el rostro debido a la media que le cubría la cabeza, no se volvió.

Disparé un par de veces, tres, quemando los últimos cartuchos de la automática, y erré, debido al nerviosismo, o debido, incluso, a la carrera.

Le vi rodear el edificio y perderse de vista.

El súbito arrancar de un coche, al otro lado de la mansión ruinosa, me obligó a detenerme con una violenta maldición a flor de labios, sabiendo ya que por aquella parte nada se podía hacer, que de los tres, por lo menos uno había logrado huir... y pensé si no hubiera sido mejor dejarse matar... sabiendo, recordando ahora, fríamente y no el calor de la pelea, que Nelly Perkins, la pequeña Nelly, estaba en manos de los secuestradores.

Con el arma en la mano anduve ahora hacia la casa y entré, llevando el cañón por delante a pesar de que sabía, estaba seguro de aquello, de que no había nadie allí.

Pero me equivoqué.

Fue en la planta baja, en una de las habitaciones, en el suelo, en un rincón, asustada, con los ojos dilatados, llorosa, con el rostro cubierto de sudor y barro, sucio, casi irreconocible pero viva, la vi.

Salté hacia ella, le quité las cuerdas de las manos y piernas y la besé mientras que sus bracitos iban a mi cuello... besándome a su vez.

Ellos, la policía, ya estaba allí cuando abandoné la cabaña llevando a Nelly Perkins en los brazos. Llegaron en silencio, sin ruido, sin la ostentación de que la policía suele hacer gala debido al sonido de las sirenas de los coches, y unos instantes más tarde me encontraba en presencia del teniente Callender.

—¿Cómo se encuentra, Alf?

—Está bien. Tú mismo lo estás viendo —contesté—. Quizá un poco sucia, asustada también, pero nada más. ¿Quién avisa a la madre?

—Es mejor que se la lleves tú, pesquisa... o con nosotros se asustaría aún más. Por otra parte eres amigo de la familia y... y... tal vez, te cases con *mistress* Perkins, ¿no?

No era aquella mi idea, por el momento, pero no se lo dije.

—¡Ah! —continuó sin darme tiempo a replicar—. Te espero, a ti y a *mistress* Perkins, mañana en el precinto. Cosas de la encuesta, ¿comprendes?

Diez minutos más tarde nos despedimos, y tres después empecé a conducir, llevando a la pequeña Nelly Perkins a mi lado, silenciosa, pensativa, aún asustada, y me dije si ella, a sus años, en su corta edad, reconocería al tercero de sus raptos.

¿Tres, me pregunté a mí mismo, o había más?

No lo sabía; de lo único que estaba seguro es de que algo, en lo ocurrido, no encajaba, no sabía qué, pero era así. Los acontecimientos, necesariamente, no se habían desarrollado, tal vez, como debieron desarrollarse.

Cuando llegué a la cabaña de Stella, ella ya sabía la noticia. La policía, los hombres que durante horas estuvieron allí, pendientes del teléfono, de las cintas magnetofónicas, del control incluso, se habían marchado. Cintas, control, intervención telefónica que no sirvió para nada, porque de un modo u otro, los chantajistas supieron todos y cada uno de los movimientos, tanto de la policía como míos.

La miré mientras preparaba el *whisky* que me iba a servir. Hermosa, tanto o más hermosa que siempre, bajo la transparente gasa de la combinación rosa melocotón que llevaba puesta.

Arriba, en su pequeño dormitorio, la pequeña Nelly, limpia ya, bañada, descansaba durmiendo... y al pensar en aquello también

recordé, de súbito, como un toque de alerta, como un aviso, que allí no terminaba todo, que quedaban dos asesinatos por resolver: uno en Camden y el otro allí mismo, en la misma habitación que Nelly ocupaba.

No, no había terminado, no había hecho, a mi juicio, nada más que empezar, y aquello también lo sabían los de Homicidios, y, tal vez, un *marshall*, representante de la ley en una pequeña ciudad provinciana como lo era Camden.

—¿En qué piensas, Alf?

Estaba allí, frente a mí, rozando con sus piernas mis rodillas, mirándome, cerca, muy cerca, asustándome con el misterio de sus ojos, con su embrujo, y sin poderlo evitar recordé a Della e hice una mueca. Algo indefinible para ella.

—En todo esto, querida —dije sin mentir.

Fuera, en el exterior, estaba empezando a caer la noche.

—¿Y...?

—Hay algo que no comprendo, que no entiendo.

—¿Y es...?

—Ese asesinato.

Se sobresaltó, y su mano tembló sobre el vaso que continuaba sosteniendo, por lo que alargué la mía y lo tomé.

—¿Qué asesinato?

—El de tu... tu... Bueno, el de Silvia Perkins.

Y recordé, una a una, todas las palabras que habíamos sostenido antes, y durante la noche que pasamos juntos en el motel, a no muchas millas de distancia de la quinta, de la cabaña donde me encontraba ahora.

—¿Qué es lo que no comprendes?

Se había sentado sobre el sillón, sobre el brazo del sillón que yo ocupaba, y rodeé su cintura con mi brazo.

—No encaja.

—¿Cómo?

—No logro relacionarlo con el ocurrido aquí.

—¿Y tenía que ser así, Alf, querido?

Me encogí de hombros, dando de lado aquel tema, tal vez dejándolo para más adelante, para cuando tuviera en mente algo de más consistencia, y pedí:

—Háblame de esos tres.

—¿Qué tres?

—El matrimonio Barris y tu amigo Rex Holland.

—Pero ¿hace falta eso? Ahora, Nelly, está bien, se encuentra bien conmigo. El... es asunto... ya...

—No ha terminado, preciosa —la interrumpí—. Ni para mí ni para la policía.

—Pero... Es cosa del Departamento de Homicidios, ¿no? En ese caso, tú...

Volví a interrumpirla:

—Nunca dejo un caso por concluir, cobre o no por ello, pequeña, y eso, tú, sobre todo tú, debieras saberlo. ¿Qué clase de negocios, Stella? Me dijiste, si mal...

—Sé lo que te dije, y voy a añadir algo más. Jugadas de Bolsa, varios negocios más en Camden. Por lo menos, Rex los tiene. Eso es seguro. Incluso... bueno, puedo decirte que... que... yo le conocí allí, en uno de los bares. Una noche en que estuve con... con mi marido.

—¿Tenía negocios con tu marido?

—¿Quién? ¿Rex?

—Sí, claro.

—No, Por lo menos, no que yo sepa, aunque todo es posible.

—¿Pero no lo sabes?

—Te estoy diciendo que no.

—¿En cuanto a los Barris...?

—En eso y en todo, supongo, van juntos con Rex. Incluso puede que... también en los que tienen en Camden. Un bar, una bolera... y, tal vez, quizá, algunas otras cosas. Posiblemente inconfesables todas.

No respondí a aquello.

Meditaba ahora, una vez más, otra más, mi mente barajaba, trituraba, despedazaba todo aquello, y de nuevo, también una vez más, para llegar a la misma conclusión: nada, nada aún.

Ni un hilo, ni una leve luz, por tenue que fuese.

CAPÍTULO XI

Me puse en pie luego de apurar el *whisky* de un sorbo, y vi, al mirarla, frente a los míos, los ojos de ella, cargados de sorpresa, de estupor, brillantes como estrellas, un segundo antes de oír su pregunta:

—¿No vas a quedarte?

—No; esta noche no.

—Alf...

—¿Sí...?

Me encontraba ya andando hacia la puerta de salida cuando respondí, pero sin volverme, sin dar importancia, en apariencia, a su llamada.

—¿No puedes... no puedes dejar... lo que tengas que hacer para mañana?

—No.

—¿Por qué?

Nos encontrábamos ahora junto a la puerta que daba a la salida de la quinta, al porche de mármol, a la escalinata, y a mi coche que estaba aparcado allí, cuando me tomó del brazo obligándome a que la mirara, un segundo antes de que formulara la pregunta final:

—Tengo una cita.

—¿Con tu secretaria?

—No; por el momento no.

—¿Pero luego...?

—Quizá le haga una visita, quizá, no sepa, tampoco, lo que haré después.

—¿Vas a ir...?

—Tengo una cita en Independence Hall. Con el marido de *mistress* Barris, si es que logro verle allí, querida.

Me incliné, la besé en los labios y crucé el umbral.

Empecé a descender la escalinata hacia el coche.

—Alf...

—Me detuve para mirarla.

Deliciosa, fascinante, hermosa cien por cien bajo la combinación de nylon.

—¿Sí...?

—¿Por qué no me llevas contigo?

—Tal vez, pequeña, porque estoy casi seguro de que ocurrirá algo, de que sucederá algo desagradable, en lo que no quiero mezclarte.

—¿Rex Holland?

No respondí, dando media vuelta me encaminé al coche y arranqué, dedicándole a ella, como despedida, un saludo con la mano.

Lo detuve en el mismo Independence Hall, para entrar en una cabina telefónica, luego de haber consultado el reloj.

Disqué.

—¿Sí...?

—¿Todavía no te has acostado?

—¡Alf! ¿Es que ocurre algo? ¿Te ha sucedido...?

—Nada de eso, Stella —corté—, es que entre unas cosas y otras, teniendo por delante esa combinación que usas, me olvidé preguntarte algo, algo necesariamente importante.

—¿Y es...?

—Esa póliza que cobraste cuando el accidente de tu marido.

—¿Qué hay con eso, pesquisa inteligente?

—Me refiero si hay una cláusula que te impida disponer de ese montón de dólares...

—¡Pero, Alf! —me interrumpió—. ¡Claro que no hay condición alguna! Puedo disponer de todos esos dólares en el momento en que... en que... lo desee, ¿comprendes?

—Sí, claro... —dije—. Es lo que suponía.

—¿Qué diablos tratas de darme a entender, querido?

—Nada de particular, muchacha. Es... o fue una idea que se me ocurrió.

—¿Respecto a mí?

—Por supuesto que no, Stella. No seas suspicaz, por favor.

—No lo soy. ¿Algo más?

—No, nada. Buenas noches, Stella.

—Buenas noches.

Me lanzó un beso a través del hilo, que devolví, y cortó la comunicación.

Marqué por segunda vez.

—Investigaciones priva...

—¿Della?

—¡Alf!

Confieso que su grito de sorpresa, de alegría, me conmovió.

—Alf, ¿vas a venir? Te... te estoy esperando.

—No, no puedo por el momento.

—Pero... pero...

—Pero puedes reunirte conmigo —completé...

Su voz era esperanzada, completamente esperanzada, al responder:

—Iré dentro de unos minutos, si me dices dónde estás.

Lo hice, corté la comunicación, y conduje hasta el club que Stella me indicara en una de nuestras conversaciones, hacia el Manila.

Entré, lanzando una mirada a mi alrededor.

Allí estaban los tres: *mistress* Lenora Barris, un tipo al que conceptué como su marido, y Rex Holland.

Un trío perfecto, un trío de ases, un trío de cosas podridas, como también me dijera Stella. Pero ¿había dicho la verdad? ¿Me la dijo, o había algo más, algo que callaba, que necesariamente tenía que callar, algo, en fin, que en un momento determinado, podía ponerla en un brete?

¿Qué era? ¿Acaso Rex Holland y sus relaciones con él, sus verdaderas, inmutables y escondidas relaciones con él?

Fui a la barra, pedí un *whisky*, y les miré a través del espejo que había frente a mí, al otro lado del mostrador.

Tres, charlando, hablando amigablemente, y me pregunté cuál sería el tema de conversación, y ya no pude continuar pensando, porque justo en aquel momento, Lenora Barris me vio.

Claramente noté el estremecimiento de sus hombros y cómo se volvía, inclinándose sobre el oído del hombre que tenía a su lado, murmurando, diciendo algo que quizá, tal vez, Holland no llegó a oír. A continuación, sorprendiéndome, se puso en pie y sorteando las mesas se me acercó, acomodándose a mi lado, pero sin tomar

asiento en el taburete contiguo al mío.

—Hola, pesquisa —dijo, mostrándome la blancura de sus dientes pequeños y perfectos—. ¿Me buscaba?

—No.

La miré.

—¡Oh! Me siento confusa, decepcionada. Creí... creí que le había impresionado desde la primera vez que nos vimos.

—Y es así —repuse calmadamente.

—En ese caso... ¿Cuándo nos vemos?

—Luego... tal vez, quizá más tarde, o nunca.

—No entiendo eso... a no ser que haya venido con el propósito de ver a mi marido, de hablar con él.

—Tengo una cita, querida —dije—, que llegará de un momento a otro, aunque en el intermedio, si quiere, efectivamente, puedo hablar con su marido.

Abrió mucho los ojos, incrédula, o fingiendo que no me creía, y respondió:

—Pero, Sullivan... ¡si creí que venía por mis piernas!

—Son preciosas, querida, pero como le dije, tengo una cita esta noche. De lo contrario, tal vez trataría de disputárselas a esos dos que están con usted en la mesa.

Me miró con expresión regocijada, burlona, decididamente burlona.

—¡Alf, amor! —exclamó—. ¡Que uno de ellos es mi marido!

—Correcto, pero aun así, lo haría.

—¿Sí...? Eso sería... sería... Vamos, venga, quiere verlo. Estimo que va a ser enormemente divertido, a pesar de la mujer que está esperando.

Me prendió de un brazo, descendí del taburete y añadió, dirigiéndose al barman que en aquel momento se acercaba:

—Lleve ese *whisky* a mi mesa, Phil.

Tiró de mí, y sin saber cómo, poco después, en contados segundos, me vi frente a los cuatro ojos que me asaeteaban desde las sillas.

—Éste es mi marido, Alf —dijo, presentándomelo—. Alf Sullivan, querido, un investigador inteligente; un investigador privado.

No me tendió la mano ni yo tampoco; simplemente me

observaba, me estudiaba, en silencio, con los ojos entrecerrados, en tanto que Holland, con un frunce en el ceño, a su vez, en el mismo silencio que Barris, me miraba expectante, en espera de algo inusitado, de algo que quizá no iba a gustarles a ninguno de los tres.

Aparté una de las sillas y se la ofrecí a Lenora que me dedicó una luminosa sonrisa, un segundo antes de sentarse, y entonces, hasta mis oídos, llegó la pregunta de míster Barris:

—¿No se sienta, Sullivan?

Lo hice a mi vez, y esperé algo, tal vez una pregunta más, en su boca, pero fue Holland quien la formuló:

—¿Nos está vigilando, pesquisa?

—¿Hizo algo que indique se le deba vigilar, Holland? Si es así...

—Vamos, Sullivan —estaba nervioso—. Suelte lo que sea y lárgrese de una vez. Apesta el ambiente.

—¡Rex!

Ninguno de los dos hicimos caso de la exclamación de Lenora, por lo que respondí sin mirarla:

—Negocios, Holland, nada más que negocios.

—¿Cómo?

—Sus negocios. ¿Me entiende ahora?

—Tengo algunos, en combinación con otras personas, sabueso. Y son... son completamente legales. *Mistress* y míster Barris pueden atestiguar todo esto.

—Sí, es posible —concedí con un ligero margen de duda—. Es posible todo eso, como también es posible que por una causa u otra se mienta —hice un gesto con la mano, interrumpiéndole cuando hacía ademán de interrumpirme a su vez, y añadió—: Negocios, pero no aquí en Filadelfia, Holland. Los únicos que me interesan son los de Camden.

—¿Por qué? Tanto la policía de Filadelfia como la de Camden, saben que son lícitos, que no hay nada de...

—Vamos, Holland —le interrumpí, calmamente, pero con cierta frialdad—. Usted sabe que no es eso lo que quiero decirle.

—¿No...?

A nuestro lado, el matrimonio Barris, silencioso, nos contemplaba con curiosidad, que podía o no ser fingida, aunque yo, particularmente, me inclinara por lo segundo.

—Lo que quiero decir —indiqué, haciendo caso omiso de su

interrupción—, es... Bueno, quiero saber cuándo estuvo allí por última vez.

Hubo unos segundos de silencio y, al fin, comprendiendo, dio el estallido:

—¡Es usted un maldito hijo de perra, Sullivan! ¿Qué cuernos...?

—Soy todo eso y más, Holland, y pida a quién sea que no llegue usted a averiguar nunca cuánto. Responda, ¿qué día visitó Camden por últi...?

—Eso es algo que no le importa a usted.

—Vamos, Holland —seguí con la misma fría calma—, el teniente Callender se está formulando esa misma pregunta, y, tal vez, el *marshall* de Camden. Alguien mató allí a una mujer que era cuñada de la amante de usted. Alguien se cargó aquí, a una muchacha que cuidaba a la hija; también a la hija de su amante, y me estoy refiriendo, por supuesto, a Stella Perkins.

—¿Qué se sabe de la niña?

—Está ahora en su casa, completamente bien, *mistress* Barris —respondí sin mirarla, sin apartar los ojos de Holland, y añadí, sin transición alguna—: ¿Quiere explicarme qué hacía en Camden la noche en que asesinaron a Silvia Perkins?

—¿Quién le dijo eso? Si fue así, le mintieron.

—Stella misma me lo confesó. Le vio allí aquella noche, y también mi secretaria. Es cierto, ¿no?

Le vi dudar; vi, también, el asombro, la incertidumbre en los ojos y adiviné que todavía no podía creerme, que estaba dudando de la veracidad de mis palabras, conceptuándolas como una mentira, como una invención mía, lo que era una realidad, hasta que por fin respondió:

—Tal vez me viera Stella, pero se equivocó de día... o de noche. No estuve allí aquella noche, y le estoy diciendo la verdad. En cuanto a ella, no creo que confesara tal cosa.

—¿Qué cosa?

—Nuestras relaciones. Su marido era un sucio... que apenas si le daba para lo más necesario... para ella y su hija. El resto... salía de mi bolsillo y tanto Lenora como su marido, presentes aquí, lo saben. Incluso... incluso esa póliza que le pagaron por el accidente... es... una canallada.

—Se refiere a la cláusula que...

—¿También le dijo eso?

Sonreía.

—Sí, así es —dije—. Al parecer, míster Perkins, el difunto míster Perkins, dejó en ella, escrito, que si bien la beneficiaria era su mujer, no podría tocarla como no fuera con cuentagotas, como vulgarmente se suele decir, ¿no? Una cantidad exigua para ella y para Nelly, pagada mensualmente. ¿Es o no es así?

—Correcto, pesquisa, es así... y busque por otro lado. Tengo una coartada perfecta para aquella noche y el día siguiente, y el Departamento de Homicidios de Filadelfia lo sabe. Busque por otro lado, si quiere cargarme el asesinato de Silvia Perkins. La conocí, ¿comprende?, y era una gran mujer... a pesar de estar empleada en el lugar en que... en... Bueno, en ese bar de Camden, como mesera.

Una mano, suave, de terciopelo, enguantada tal vez, que se posó sobre mi hombro, interrumpió la respuesta que iba a darle, y levanté los ojos para mirarla.

Fue solo un par o tres de segundos, nada más, y les miré a ellos, alternativamente, de uno en uno, y entonces dije:

—La cita que esperaba acaba de llegar —me puse en pie, la tomé del brazo y añadí—: Buenas noches.

Ninguno me contestó, por lo que la llevé a la barra, notando en mi espalda las miradas de los tres, fijas, muy fijas, espantosamente fijas, dando yo, de aquel modo, fin a la conversación; la única conversación fructífera que había tenido con alguien desde que empezara todo aquello.

CAPÍTULO XII

—¿Qué vas a tomar? —pregunté apenas se hubo sentado a mi lado, en la barra, sobre uno de los taburetes.

—*Whisky* —me miró a los ojos con fijeza, con extraña fijeza, con extraordinaria fijeza, y al fin preguntó—: ¿Es... es cierto lo que me dijiste por teléfono, Alf?

—¿Yo...? ¿A qué te refieres, Della?

Sus ojos negros chispearon.

—Entendí... entendí que... que para las dos de la tarde debía tener... tenía que ir a buscar... ¡Oh, Alf! No... no me digas que estoy equivocada, que entendí mal. La... la... llevo en el bolso, ¿comprendes?

—No voy a decirte nada de eso... pero lo olvidé, pequeña.

—¡Pero, Alf!

Me eché a reír y dije:

—Te importaría esperar unas horas.

—¡No!

—¡Della!

—No. Nada de eso... o tendrás una denuncia en el precinto de policía más próximo.

—¿Serías capaz?

—Trata de hacer lo que estás pensando, y lo sabrás.

—Eso es puro chantaje.

—Por supuesto que lo es. Será... esta noche. No te olvides de eso. Esta noche, tan pronto como me des un beso, salgamos de aquí, me des otro al entrar en el coche... y nada más, querido.

Tomé el vaso de *whisky* y me lo llevé a los labios mientras que sus negros y grandes ojos me miraban curiosos, casi incrédulos, como si aún no estuviera segura de mí, como si no lo estuviera de nada, como si no estuviera segura, tampoco, del papel que tenía en el interior del bolso.

—Tengo una cita, querida —fue lo que dije, al cabo de unos segundos de silencio.

—¡Cierto que sí que la tienes! Primero conmigo, y más tarde... con una zorra, bastante hermosa por cierto.

—¡Della!

—No quito ni una sola letra —bebió un poco, risueña, regocijada, burlona, y espetó—: Hay un bonito motel en la carretera de Camden. Puedo... puedo esperarte en la habitación que alquilemos para pasar la noche... si no tardas mucho en regresar de esa cita.

—¡Della!

—¿Sí, Alf...?

Tenía los ojos muy abiertos, con el vaso a media altura.

—¿Por qué no eres una buena muchacha y me esperas en... pongamos en tu apartamento o en el mío?

—Porque no lo soy, Alfred Sullivan —espetó—. Por tanto ni lo uno ni lo otro. Quiero conocer ese motel. Debe ser precioso.

—De ese modo no vamos a ninguna parte.

—¿Cómo qué no? Vamos... a una habitación, a un dormitorio de un motel... delicioso.

—Eso puede traerme recuerdos, querida —dije, no sabiendo ya por qué punto atacarla.

—¿Conmigo, recuerdos? —Se inclinó sobre mí, frente a mis ojos, y consciente de eso, continuó, con los ojos brillantes—: No, Alf, no habrá ningún recuerdo. Puedes estar seguro de eso, o fracasaría como mujer ante ti, y lo que es peor, ante mi misma. Anda, termina con ese *whisky*, que nos vamos.

No respondí, carecía de alegatos, de recursos para hacerlo, y obedientemente elevé el vaso y terminé de un solo sorbo con el resto del licor. Cuando lo hice, Della había acabado también el suyo, y estaba saltando del taburete al suelo, en magnífica exhibición de muslos largos y perfectos, y putillas de nylon negro.

Me prendió del brazo, sin añadir nada más a lo dicho, sin pronunciar palabra, y ambos nos encaminamos hacia la puerta. Pero cuando lo hicimos, el trío compuesto por Rex Holland, Lenora y su marido, ya no se encontraban en el club.

Cuando y cómo se marcharon, juntos o por separado, era un misterio para mí.

—¿Y ahora adónde vas a llevarme?

Estábamos en la puerta del Juzgado de Paz, donde un juez viejo y medio loco, que nos cobró diez dólares por la ceremonia de boda, corta, extremadamente corta, mirándonos a los ojos, luego de habernos dado en presencia del magistrado el beso de ritual, el momento justo que ella escogió para formular la pregunta.

—Tú al motel, a mi apartamento o al tuyo. Escoge el camino, Della.

Mi exsecretaria, ahora, en aquel momento y para lo sucesivo, me mostró los dientes en una no menos burlona sonrisa.

—El motel, querido. Ya te lo dije. Sé que es precioso. Tuve... tuve ocasión de verlo. ¿O es que no te acuerdas, marido?

—¿Y no te crea complejos?

Su sonrisa se amplió, y sus ojos volvieron a expresar el regocijo desmedido que debía haber en su interior en aquel momento.

—¡Claro que no! Complejos para ti, amor. ¿Nos vamos?

—Si —repliqué—, pero serás una buena muchacha y te quedarás en el motel, esperando mi regreso.

No respondió, por lo que ya en silencio subimos a mi coche y empecé a conducir buscando la salida de Filadelfia por la carretera de Camden.

No hablamos en todo el trayecto, pero Della rompió el silencio tan pronto como nos encontramos frente a la puerta del motel.

—¿Y ahora...?

—Ya te lo dije, pequeña —le besé fugazmente en los labios y proseguí—: Vas a quedarte aquí, hasta que vuelva a por ti.

Elevó los brazos hasta mi cuello y ambos nos fundimos en un largo abrazo que duró un par o tres de minutos; y también fue ella la que primero habló de los dos, abriendo ya la portezuela del coche:

—Te... te estaré esperando, Alf. No... no tardes, por favor.

No respondí, pensando en que su comportamiento, su ánimo dispuesto a la obediencia, su deseo de no discutir, de no tratar por algún medio desconocido aún por mí, de acompañarme, era extraño de todo punto, sumamente extraño.

Había descendido y caminaba sin volver la cabeza hacia la puerta del motel, pero sí lo hizo cuando llegó allí. Entonces, enfrentándome, me lanzó un beso con la mano y entró.

Esperé un par, tres o cuatro minutos, y embagué.

Unos segundos más tarde me encontraba conduciendo de nuevo hacia la casa de Stella Perkins.

¿Sabía ya quién era el asesino?

No, ni mucho menos; sospechas podía tener algunas. Eran... sólo retazos de conversaciones que habían quedado grabadas a fuego en mi mente; conversaciones verídicas mezcladas con bien hilvanadas mentiras, conversaciones, también, mentiras, hilvanadas con verdades.

En total, en resumen, lo de siempre; nada, absolutamente nada.

Detuve el coche y me sorprendí.

Las luces de la cabaña, todas las luces de la planta baja, estaban encendidas, lo que no cuadraba ni poco ni mucho con la combinación de Stella, cuando se sentó a mi lado, no hacía mucho, en el brazo del sillón que ocupaba yo.

Descendí del coche, sin cerrar las portezuelas con llave, y lentamente ascendí por la escalinata hasta la puerta principal. Escuché, pero viniendo del *hall*, del amplio, lujoso y bien amueblado *hall* que había al otro lado, no llegó rumor alguno hasta mis oídos por lo que, después de una ligera vacilación, llamé utilizando el botón del zumbador.

Esperé, aunque nunca creí que fuera tan poco, ya que la puerta de entrada se abrió casi al instante, enmarcándola en el umbral.

Vestía de calle, era la misma de otras veces, la misma de siempre, a través del escote de la blusa y la mini aquel preciso instante, al enfrentarla, al mirarme en sus totalidad las largas y esbeltas piernas, cuyos pies, en su remate, iban calzados con elegantes zapatos de alto tacón.

Me sonrió, sin mostrar sorpresa en sus ojos, sin mostrar expectación alguna; si acaso, tal vez, mostrando curiosidad; una simple y verdadera curiosidad.

—Pasa, Alf —dijo en un susurro—, no te esperaba, si quieres que te diga la verdad. ¿Te falló la cita?

Le devolví la sonrisa, crucé el umbral, cerró a nuestra espalda y me prendió del brazo, y de este modo, sin pronunciar palabra, me llevó al no menos lujoso, bien amueblado y lujoso *living-room*, y al mirarla ahora, en aquel preciso instante, al enfrentarla, el mirarme en sus ojos, supe que Stella Perkins sabía la verdad, mi verdad y la

suya, y, en fin, que sabía, sin paliativos de ninguna clase, a qué y para qué había yo regresado aquella noche a su casa.

—¿Te sientas, Alf? —preguntó.

—Sí, claro —respondí, dejándome caer en uno de los sillones.

—¿Un *whisky*?

Miré a mi alrededor.

—No, gracias —dije—. Y tú, ¿no te sientas, o ibas a salir?

—Por supuesto que sí. Llamaron por teléfono, querido, y tengo una cita. No hubiera aceptado de saber que ibas a volver. Vamos, Alf, ¿quieres o no ese *whisky*?

Vacilé, dudé otra vez, una más, y al fin respondí:

—Correcto, pequeña, venga ese *whisky*.

Se fue dándome la espalda y fue al bar, instalado en el fondo del *living-room*, y empezó a prepararlo, siempre sin mirarme, siempre vuelta de espaldas a mí, y fue entonces, en aquel momento, cuando extraje la automática de la funda sobaquera.

En aquel momento, ella se volvía.

—No hagas eso, Stella. Sentiría hacerte daño.

No lo hizo, lanzó un pequeño grito y dejó caer la automática, la pequeña automática que empuñaba, al suelo, sobre la alfombra que casi lo cubría y preguntó, fría, hermética, lejana, como no lo había estado nunca, ni aún en vida de su marido.

—¿Cuándo... cuándo lo has sabido, Alf?

—¿El que fuiste tú la que mató a Emily? Creo que con seguridad no lo he sabido hasta el momento en que me ofreciste el *whisky* por segunda vez.

—Sí, debí suponer que un tipo listo como tú adivinaría el momento de... de... Que adivinaría lo que iba a hacer tan pronto como te diera la espalda.

—Y fue así —hice una ligera pausa, y pregunté, casi... casi sabiendo ya la respuesta—: ¿Por qué, Stella? ¿Porque te sorprendió cuando tratabas de raptar a tu propia hija? ¿Fue por eso?

—Sí, así es. Me vestí de hombre, recogiendo mi pelo en un moño sobre la cabeza y me puse un sombrero.

Me estaba acercando a la niña, a mi hija, cuando entró Emily... y gritó, gritó de un modo horrible; aún ahora, me parece oír sus gritos, y a continuación se lanzó contra mí. No tuve tiempo nada más que para apartarme a un lado, y el sombrero cayó de mi

cabeza. Se petrificó unos segundos, muy pocos, apenas uno a dos, saltó hacia la ventana, diciendo: ¡Usted!... ¡Usted! Es... horroroso...

Trató de abrirla, supe lo que iba a hacer, y la llamé, se volvió chillando, y se me abalanzó de nuevo, disparé entonces... y la dejé allí, me llevé a Nelly y... fui a buscarte. Permanecí contigo hasta... hasta que regresamos aquí, ¿comprendes?, sabiendo, lo que iba a ocurrir después, más tarde, cuando vieras a Emily, pero tú... tú, Alf, tenías que ser mi coartada... y lo conseguí, por lo menos hasta este momento, ¿verdad?

—Sí, así es —repuse—. ¿Y qué más?

—Nada más, Alf. Ahora —señaló el teléfono—. Ahora puedes llamar a la bofia. Secuestro de mi propia hija y asesinato... aunque no creo que puedan cargarme eso de «en primer grado».

—Hollywood perdió una buena artista dramática contigo, Stella —dije, pensando, recordando su rostro, su expresión asustada, demudado el semblante, dando unas veces la sensación de ir a desvanecerse de un momento a otro, y otras las más, quizá las menos, que iba a sufrir un ataque de nervios—: ¿Quién mató a Silvia, Stella? ¿También tú?

—Creí que lo sabrías... Dime, Alf, ¿por qué sospechaste de mí?

—En realidad alguien me dio una pista, la única, la posible.

—¿Te refieres a esa póliza?

—Sí... ¿recuerdas que te pregunté al respecto?

—Sí... lo que era chocante... lo que no me gustó tampoco. Podías... podías averiguar la verdad.

—Y lo hice, aunque no lo confirmé. Ahora sospecho —respondí—, que si te dieron ese montón de dólares en el Central Bank, fue porque... hablaste del secuestro y ellos, antes, confirmaron la veracidad de todo eso, de un modo u otro.

—No lo hicieron. Bastó... la nota, la primera nota que me enviaron o que te envié yo misma, ¿entiendes? Bastó... sólo que llamaran aquí, y preguntaran por mí. Como era lógico, contestó la policía, diciendo que yo había salido. Con eso, fue suficiente para la dirección del Central Bank. Les expliqué, además, que ellos necesitaban esos dólares, que había que sacarlos, que se devolverían allí tan pronto como la policía los usara del modo conveniente. Conocían a mi marido, y, no dudaron de mí.

—Y fueron para tu amante, para Holland, ¿verdad?

—Sí, así es. Estaba a punto de hundirse, y era el único medio de conseguirlos. El único. Una compensación por lo mucho que me ayudó otras veces. La muerte de Emily fue fruto de las circunstancias y nada más.

—¿Y a Silvia? ¿Por qué, Stella? ¿Por qué la mataste? Y, ¿quién te ayudó en lo del secuestro? Holland, ¿verdad? Él fue el que me esperaba en aquel claro, junto a dos killers que alquilasteis por diez dólares y el tercero... el tercero, el que se llevó la pasta; la pasta, Stella, era él, ¿no? Pero a Silvia, ¿por qué?

—Ella sabía muchas cosas, pesquisa... y ¡Suelta el arma!

Me volví, maldiciendo mentalmente.

A mi espalda, surgiendo frente a mí, viniendo de una de las habitaciones, del dormitorio de Stella, con una «*Parabellum*» de feo aspecto en la mano, apuntándome a la cabeza, estaba Rex Holland, y al verle pensé que debí sospechar aquello, que debí, también, darme cuenta de que él tuvo tiempo más que suficiente, al adivinar mis sospechas, de abandonar el club y al volante de su coche presentarse en la quinta, luego de hablar por teléfono con Stella, y esperarme allí, escondido, sabiendo que yo iría, quizá aquella misma noche.

Dejé caer la automática sin pronunciar palabra. Frente a mí, los ojos, los bellos ojos de Stella Perkins, que habían constituido en otro tiempo una obsesión, brillaban burlones.

—Fue usted, ¿no? —pregunté.

—¿Lo de Silvia?

—Sí, así es.

—Sí.

—No obstante, los Barris...

—Les pedí que declararan eso. Sin mí no son nadie; nadie, pesquisa, ¿entiende? Eran mis dólares los que mantenían sus negocios... o se irían al diablo. Tengo... la mayoría de las acciones de sus negocios de importación y exportación, y a nadie, luego de tenerlo todo, le gusta la miseria. ¿Va comprendiendo?

—Sí, así es —y repetí una vez más—: ¿Por qué también a Silvia?

—Estaba empezando a constituir un problema para todos. Ella sabía que en el testamento de su hermano no había cláusula alguna que privara a su mujer de gastarse lo que le dejó, del modo que quisiera. No tuvo tiempo de cambiarlo si es que lo deseaba... y todo

vino... a los negocios que teníamos en común. Luego, en estos últimos tiempos, tuve una jugadas de bolsas desafortunadas y... pensamos lo del secuestro. Silvia lo sospechó. Es decir, cuando lo comentamos en Camden, en el bar donde ella trabajaba, cuando lo comentamos Stella y yo, Silvia nos estaba sirviendo la mesa. «Que secuestraron a la pequeña Nelly», y dijo, «pues sí que tiene gracia». Y se alejó riendo de nosotros, pero no hubiera ocurrido nada al no ser por usted, Sullivan, ¿comprende? Tuve miedo cuando Stella me dijo que estaban los dos juntos, en el motel, y... y... la esperé en la carretera, sabiendo, sospechando que ella, pues tenía que ir a trabajar, se levantaría antes que usted, como así fue. La maté, empleando la automática de Stella.

—¿Y ahora...?

—Ahora, míster Holland quiere hacerte pupa, marido —nos sobresaltó la voz, y me lancé al suelo, en plancha, hacía mi automática, cuando ya Holland se volvía y en el interior del *living-room* estallaban los disparos.

Cuando logré tomarla por la culata, todo había terminado.

Me puse en pie, y miré.

Junto a la puerta, con una humeante pistola en la mano, Della, mi mujer, nos contemplaba en silencio, un tanto pálida y a su lado vi, asimismo, a los dos uniformados policías que en Camden me llevaron a presencia del *marshall*, un *marshall* que también estaba allí, avanzando con las manillas en la mano, hacia una pálida, demudada, y asustada Stella Perkins, ahora sin pose alguna, sin fingimiento alguno.

No dijo nada, no efectuó un solo movimiento, exceptuando, claro, cuando alargó las manos juntas hacia el policía de Camden.

—¿Cómo...?

Uno de los policías me interrumpió.

—*Mistress* Sullivan nos llamó, sabueso, y vinimos. Y no se explique, o tendremos para toda la noche. La parte esencial, ya la hemos oído.

No respondí, miraba a Stella, que avanzaba ahora hacia la puerta, escoltada por el *marshall*, en tanto que los dos policías se apartaban a un lado para dejarla pasar y el cadáver de Holland quedaba allí, en el suelo, boca arriba, con los ojos fijos, pero sin verlo, mirando el techo del *living-room*.

No salió de primer intento; se volvió a mirarlos y luego que se hubo detenido, y sin mirar a nadie en concreto dijo:

—Nelly... tal vez se haya despertado asustada por los disparos. Está... en su dormitorio. Sí... si voy a la cámara de gas... cuida de ella y que no sepa... lo que hizo su madre. Nunca, que jamás lo sepa.

Ninguno le contestamos, ninguno tuvimos valor para hacerlo, excepto Della que respondió:

—Si eso ocurre, *mistress* Perkins, su hija no irá a un orfanato; no, porque yo... es decir, nosotros, la adoptaremos.

No respondió ahora, dio media vuelta y salió escoltada por los dos policías, los hombres hundidos y los ojos preñados de lágrimas; lágrimas tardías, pero lágrimas al fin.

—¿Dónde podré encontrarle, Sullivan?

—Nos veremos mañana, *marshall* —respondí a su pregunta—. Nosotros nos quedamos en las cercanías para pasar la noche. En ese motel de la carretera.

Salió también, y tomé a Della por la cintura y calladamente la llevé a la habitación de la pequeña Nelly Perkins.

No hablamos en todo el camino hacia el motel, los tres juntos. Y ocurrió, un mes más tarde, lo que forzosamente tenía que ocurrir.

Nelly, la pequeña y rubia Nelly se quedó con nosotros, y con ella los ciento cincuenta mil dólares que se encontraron en casa de Holland y el resto de la póliza, que se puso a su nombre para cuando cumpliera la mayoría de edad.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

